

La adolescencia

Amparo Moreno

Diseño del libro y de la cubierta: Natàlia Serrano
Primera edición: octubre de 2007
© Amparo Moreno, del texto
© Adolfo Perinat, del texto
© Editorial UOC, de esta edición
Rambla del Poblenou, 156
08018 Barcelona
www.editorialuoc.com
Realización editorial: MEDIAactive,S.L.
Impresión: Ediciones Gráficas Rey, S.L.
ISBN: 978-84-9788-625-3
Depósito Legal: B-49.609-2007

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño general y de la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, tanto si es eléctrico, como químico, mecánico, óptico, de grabación, de fotocopia, o por otros métodos, sin la autorización previa por escrito de los titulares del copyright.

Amparo Moreno

Amparo Moreno es doctora en Psicología Evolutiva y profesora en la Universidad Autónoma de Madrid.



Nuestro contrato

Este libro le interesará si quiere saber:

- Qué significa ser adolescente.
- Cómo afecta a los adolescentes la pubertad.
- Qué cambios psicológicos se dan en esta etapa.
- Qué papel deben jugar los padres.
- Cómo se ve un adolescente.
- Cuáles son los riesgos de la adolescencia.



Índice de contenidos

Nuestro contrato	5
Un cierto misterio	9
QUÉ ES LA ADOLESCENCIA	13
La definición.....	13
Los aspectos imprescindibles.....	16
Una construcción	19
Algunas ideas ingenuas	24
HACIA LA MADUREZ FÍSICA	31
La pubertad.....	32
Los ritmos de maduración	35
Los cambios en el cerebro.....	36
La relación entre cambios biológicos y psicológicos	38
La sexualidad	41
OTRA MANERA DE PENSAR	47
Las capacidades de razonamiento	47
El procesamiento de la información	51
El pensamiento intuitivo y la toma de decisiones.....	53
El conocimiento social.....	55
UNA NUEVA DEFINICIÓN DE	
UNO MISMO	61
El desarrollo de la identidad	61
¿Quién soy yo?	62

Los diferentes estatus de identidad.....	64
Los papeles sexuales.....	67
El desarrollo moral.....	71
La escuela y la consecución de la identidad.....	74
EL MUNDO SOCIAL.....	77
Las relaciones familiares	77
Los amigos.....	81
Los problemas de los adolescentes	84
Bibliografía.....	95

Un cierto misterio

Los protagonistas de este libro –los adolescentes– no son un fenómeno extraño. Forman parte de nuestra realidad diaria, de nosotros mismos y de nuestro entorno. ¿Qué es la adolescencia? ¿Cómo es una persona adolescente? Todos lo hemos sido, lo son nuestras hijas, nuestros estudiantes, los hijos de los vecinos, los que vemos en el transporte público, en las series de televisión. Y, sin embargo, una cosa tan cotidiana como la adolescencia reviste ciertas características de misterio compartidas por todos los procesos de cambio que se suceden a lo largo de nuestra vida.

A lo largo de cinco capítulos, analizaremos las transformaciones que determinan esta etapa de la vida, cuya profundidad ha llevado a considerar la adolescencia como un segundo nacimiento. En el transcurso de cinco o seis años, los adolescentes se afanan a estrenar un nuevo cuerpo, nuevas armas de razonamiento, un nuevo corazón; todo en un mundo de relaciones que se ha ampliado extraordinariamente. Al repasar una a una estas novedades comprenderemos mejor la importancia que conceden a su aspecto, sus habilidades crecientes para discutir y teorizar, sus rápidos cambios de humor, los afanes de independencia y el repliegue a posiciones más seguras, el papel que tienen los amigos y de donde nace su amor al riesgo.

La adolescencia constituye un momento de discontinuidad en el desarrollo tan significativo como la infancia. Erraríamos

si lo considerásemos un paréntesis vital entre la infancia y la edad adulta. Los adolescentes no son mitad niños y mitad adultos; son otra cosa, y a eso dedicamos este libro. La relevancia de este momento evolutivo se expresa en las diversas reorganizaciones que se producen en esta etapa. Los adolescentes se enfrentan a elecciones –y tienen más capacidad y oportunidades para hacerlo– en un buen número de cuestiones –académicas, de género, ideológicas. Sus decisiones afectarán claramente a su futuro. Por eso, los adultos –especialmente, los padres y madres– consideran con razón que esta edad presenta más riesgo que la infancia.

Estos reajustes no se producen en el vacío. En primer lugar, el desarrollo incluye discontinuidades y continuidades y, en este sentido, el adolescente parte del niño que fue. Los jóvenes con los cuales convivimos son los mismos que hemos ido gestando en las edades anteriores y serán, en su momento, los adultos que compondrán nuestra sociedad.

Ninguna etapa de la vida puede entenderse del todo fuera del marco general de la evolución completa de la persona.

Por otro lado, las reorganizaciones tampoco se producen en un vacío ambiental. Cuando definimos una persona como adolescente, hacemos referencia a su pertenencia a un grupo de edad determinado y pasamos por alto muchas otras características que lo determinan como persona y que también son fundamentales: ser chico o chica, la familia de procedencia, el hecho de estudiar o trabajar, ser o no emigrante, su entorno geográfico, el momento histórico.

Los adolescentes cambian al mismo tiempo que las personas que los rodean y la sociedad. Su desarrollo implica la necesidad de que los adultos modifiquen simultáneamente la perspectiva que tienen. Ser padres de una adolescente, en comparación a serlo de una niña, supone un nuevo aprendizaje, ya que nuestros objetivos educativos, nuestras preocu-

paciones, nuestras inseguridades, nuestras satisfacciones se transformarán. Lo mismo podríamos afirmar con respecto a sus profesores y profesoras.

Finalmente, no olvidamos que, a pesar de su altura, su seguridad, su reivindicación de autonomía, sus desafíos, los adolescentes continúan desarrollándose y, aunque no lo pidan, nos necesitan de manera diferente pero en un grado similar, por lo menos, que cuando eran niños.



QUÉ ES LA ADOLESCENCIA

La definición

La adolescencia se caracteriza por ser un momento vital en el que se suceden gran número de cambios que afectan a todos los aspectos fundamentales de una persona. Las transformaciones tienen tanta importancia que algunos autores hablan de este período como de un segundo nacimiento. De hecho, a lo largo de estos años, se modifica nuestra estructura corporal, nuestros pensamientos, nuestra identidad y las relaciones que mantenemos con la familia y la sociedad. El término latín *adolescere*, del que se deriva el de “adolescencia”, señala este carácter de cambio: *adolescere* significa “crecer”, “madurar”. La adolescencia constituye así una etapa de cambios que, como nota diferencial respecto de otros estadios, presenta el hecho de conducirnos a la madurez.

Este período de transición entre la infancia y la edad adulta transcurre entre los 11-12 años y los 18-20 años aproximadamente. El amplio intervalo temporal que corresponde a la adolescencia ha creado la necesidad de establecer subetapas. Así, suele hablarse de una adolescencia temprana entre los 11-14 años; una adolescencia media, entre los 15-18 años y una adolescencia tardía o juventud, a partir de los 18 años.

Sin duda, los problemas a los que se enfrentan las personas en cada una de estas subetapas son muy diferentes, tanto que empiezan a aparecer publicaciones que se refieren a ellas espe-

cíficamente. En concreto, la adolescencia temprana se constituye como un momento especialmente singular, ya que tienen lugar un buen número de cambios físicos y contextuales.

La definición anterior –etapa de transición entre infancia y edad adulta– deja de lado un problema importante: la determinación precisa de los momentos en los que empieza y acaba esta etapa. De hecho, aunque hemos proporcionado criterios cronológicos, estos solo pueden utilizarse como indicativos.

La adolescencia se extiende desde el final de la infancia hasta la consecución de la madurez, sí, ¿pero a qué categoría de madurez nos referimos? Podríamos aludir, en primer lugar, a una madurez biológica, entendido como la culminación del desarrollo físico y sexual. Esta madurez está relacionada con la llegada de la pubertad y, de hecho, los cambios biológicos se utilizan como criterio de inicio de la adolescencia. Sin embargo, pubertad y adolescencia no son conceptos sinónimos. Entendemos pubertad como el conjunto de transformaciones físicas que conducen a la madurez sexual y, por lo tanto, a la capacidad de reproducirse. La adolescencia incluye, además, transformaciones psicológicas, sociales y culturales significativas.

En segundo lugar, podríamos apuntar a una madurez psicológica, caracterizada por la reorganización de la identidad. La construcción de esta nueva identidad –que implica un nuevo concepto de uno mismo, la autonomía emocional, el compromiso con un conjunto de valores y la adopción de una actitud frente a la sociedad– se extiende a lo largo de toda la adolescencia.

En tercer lugar, podríamos hablar de una madurez social vinculada al proceso de emancipación que permite que los jóvenes accedan a la condición de adultos.

Esta madurez social –cuyos índices serían la independencia económica, la auto administración de los recursos, la auto-

nomía personal y la formación de un hogar propio— marcaría el final de la adolescencia y juventud y el ingreso de pleno derecho en la categoría de persona adulta. Hoy, si tomamos como criterio la emancipación económica y el hogar propio, el estatus de persona adulta puede lograrse después de los treinta años.

Si nos ceñimos a los varios aspectos relacionados con el concepto de madurez, las edades cronológicas que establecen los límites de la adolescencia son susceptibles de variaciones derivadas de las características individuales de cada persona o de las condiciones sociales, culturales e históricas en las que se desarrolla. Con todo, la ausencia de estos criterios cronológicos universales, atemporales y precisos no desposee la adolescencia de su naturaleza singular dentro del desarrollo humano. El número, la magnitud y la amplitud de los cambios que se suceden a lo largo de esta etapa proporcionan a la persona una nueva organización corporal, psicológica y social.

Hay que subrayar que las personas que experimentan este proceso no son criaturas que continúan viviendo en la infancia y esperan subir en el tren de la edad adulta. Tampoco los adolescentes son proyectos de futuras personas maduras, sino seres dotados de realidad que viven y se enfrentan con nuevas estructuras a nuevas situaciones, que igualmente resolverán con nuevas soluciones.

Por otro lado, el énfasis que hemos puesto en las transformaciones no nos debe hacer olvidar un hecho igualmente relevante: hay una continuidad importante entre la infancia y la adolescencia, y entre esta y la edad adulta. Llegada la juventud, se sabrá qué infancia crearon la escuela, la familia y los medios de comunicación; al mismo tiempo, una vez alcanzada la madurez, entenderemos la trascendencia de los proyectos que se gestaron en la adolescencia y la juventud. Por lo tanto,

la comprensión del fenómeno adolescente aconseja situarlo dentro del panorama del ciclo vital completo.

Los aspectos imprescindibles

La psicología del desarrollo y, en concreto, la psicología de la adolescencia albergan muchos enfoques teóricos. Los modelos psicológicos clásicos –psicoanálisis, enfoque piagetiano, conductismo– y sus revisiones conviven con un conjunto de teorías y mini teorías que trabajan en diferentes ámbitos (desarrollo cognitivo, personalidad, relaciones familiares, conductas de riesgo) y presentan diferentes factores para explicar los cambios (genéticos, neurológicos, culturales, históricos). La presencia de esta variedad teórica hace que ofrezcamos una relación de las cuestiones imprescindibles para acercarnos al mundo adolescente.

Una transición

A lo largo de la vida se producen momentos de discontinuidad en el desarrollo: los bebés que pasan a ser niños y niñas, los niños más pequeños que empiezan la escuela. En la adolescencia asistimos a dos puntos de cambio fundamentales. Al principio, se abandona la infancia y se entra en la adolescencia; al final, los jóvenes pasan a integrarse en el mundo adulto.

Las transiciones comparten una serie de características.

En primer lugar, suponen una anticipación entusiasta del futuro. Este optimismo frente al cambio se acompaña de un sentimiento de ansiedad por el futuro y un sentimiento de duelo por el estadio perdido. Al mismo tiempo, las mudanzas que tienen lugar hacen necesario un reajuste psicológico importante. El hecho de transitar de un estado a otro produce, finalmente, una ambigüedad en la posición social.

El paso de la infancia a la adolescencia ejemplifica claramente estas características. Por una parte, la alegría con que los niños acogen sus nuevas destrezas y libertades no se libra ni del deseo de retornar al estadio anterior de protección ni de la preocupación por cómo desarrollarán sus nuevos papeles. No saben cuándo toca ser niños y cuándo es preciso ser adolescentes y esta ambigüedad también la manifiestan los adultos próximos.

Se considera que esta primera transición la marca la biología con la llegada de la pubertad. Los cambios físicos —no solo la pubertad sino también los cambios neurológicos— son fundamentales y muy significativos pero no tienen menos relevancia que los cambios intelectuales, sociales y afectivos.

La segunda transición —de la adolescencia a la edad adulta— plantea más problemas por lo que respecta al momento de inicio y tiene una naturaleza más social que biológica. Está atada al cambio de la escuela al mundo del trabajo, la independencia de la familia y el abandono del domicilio familiar.

En un estudio de investigación con personas entre 18 y 31 años, se encontró que los entrevistados mostraban un alto grado de acuerdo, dentro de los criterios normativos al uso, con el hecho de que los marcadores de entrada a la vida adulta eran la responsabilidad de las propias acciones, ser padre o madre y tener un empleo estable. La prolongación de la dependencia familiar, la extensión de los estudios, el retraso de la vida en pareja o de la adquisición de vivienda propia hacen que el ingreso a la edad adulta se alargue hasta los 30 años.

La presencia de estas características sociológicas y otras de índole psicológica (exploración de la identidad, inestabilidad, autocentración) ha llevado a los teóricos del desarrollo a prever la necesidad de introducir una nueva etapa entre la adolescencia y la edad adulta.

Algunos autores hablan así de juventud y otros de edad adulta emergente.

Una interacción de factores

Cada experto se ha centrado en la primacía de un factor causal a la hora de explicar los fenómenos. Así, algunos autores han resaltado el papel de las hormonas en la rebelión adolescente, otros han atribuido esta necesidad de transformación a la aparición de un pensamiento más elaborado y crítico, mientras que también hay los que la consideran un producto caduco de otro tiempo (mayo del 68, oposición a la guerra de Vietnam).

La necesidad de investigar en profundidad para acercarse a cualquier característica psicológica lleva a fragmentar la experiencia del adolescente y dificulta la integración de las diferentes facetas que componen la vida de cualquiera. Así, se ha estudiado la mente de los adolescentes sin relación con las novedades biológicas o con los cambios en sus interacciones sociales. Se debe entender que esta fragmentación es, en cierta medida, necesaria por la investigación, pero que siempre que sea posible hay que recorrer a modelos explicativos que integren diversas causas y facetas, dado que así lo exige la compleja realidad adolescente.

Por ejemplo, los cambios corporales surgen de acuerdo con un calendario temporal pero eso no es obstáculo para que las condiciones ambientales y psicológicas influyan. De la misma forma, podemos preguntarnos cómo puede cambiar un cuerpo sin alterar la mente del que lo posee o cómo podemos dar significado al cuerpo y a sus transformaciones sin tener en cuenta el marco cultural.

Todos los aspectos de la persona están integrados; cada cambio en una parcela del desarrollo es al mismo tiempo con-

dición y efecto de la transformación en otras parcelas y en el adolescente en conjunto. Esta perspectiva global ha ido calando en los estudios sobre la adolescencia de tal manera que, actualmente, en los manuales, encontramos epígrafes, por ejemplo, sobre pubertad y reacciones emocionales, inestabilidad emocional y desarrollo del cerebro, conductos de riesgo y desarrollo intelectual, o incluso sobre la influencia de la falta de empleo en los problemas adolescentes.

Una construcción

La adolescencia no es una esencia, sino una realidad construida con diferentes materiales históricos, geográficos, culturales, económicos, de género. Revisemos algunos aspectos.

A lo largo de la historia

El interés por los jóvenes se remonta a épocas lejanas. Como siempre en Occidente, los antecedentes más citados son los filósofos griegos Platón y Aristóteles. Sin embargo, algunos autores afirman que la adolescencia, como estadio singular de la vida humana, sólo surge en sociedades occidentales industriales al final del siglo XIX y principio del XX.

El período 1890-1920 se ha llamado “la edad de la adolescencia”. Antes de este momento histórico, la separación entre infancia y edad adulta no era tan diáfana. Las personas que hoy llamamos adolescentes se podían considerar mujeres y hombres jóvenes, y los niños participaban desde los 8-10 años en muchas de las actividades adultas.

El proceso de industrialización provocó transformaciones cruciales que repercutieron en la segregación de una clase de edad –la adolescencia– del mundo de la infancia y de los adultos. Estas modificaciones estuvieron vinculadas fundamentalmente a normas legales referidas al trabajo infantil, a

la ampliación de los años de escolarización o al tiempo de dependencia familiar.

En los primeros años del siglo XX, el estudio de la adolescencia cuajó en un área específica gracias al trabajo de un estudioso norteamericano: G. Stanley Hall. El llamado “padre” del estudio de la adolescencia publicó el 1904 el primer manual sobre la adolescencia. Los dos volúmenes de esta obra ambiciosa llevaban el título de *Adolescence. Its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. En esta obra se consideraba la adolescencia como un período decisivo de la vida humana en tanto en cuanto marcaba una transición tan fundamental como el paso del salvajismo a la civilización.

La adolescencia constituía así un segundo y definitivo nacimiento que representaba la culminación del desarrollo humano. Stanley Hall otorgaba igualmente a esta etapa un carácter conflictivo, una fase de *Sturm und Stress* (tempestad y tensión). La obra de Hall ha estado claramente superada, pero algunas de las ideas anteriores —la turbulencia de la adolescencia o la culminación del desarrollo— han estado revisadas y puestas al día por otros enfoques muy influyentes en la psicología de la adolescencia más clásica.

Desde la perspectiva del desarrollo psicológico, no debemos limitarnos a analizar los diferentes tipos de determinantes biológicos y ambientales relacionados con la edad cronológica que afectan a muchos individuos de manera similar. Debemos incluir las influencias que dependen de la historia, es decir, los procesos que se producen en un momento histórico concreto.

Los adolescentes nacidos en una época determinada han podido vivir algunos acontecimientos históricos (guerras, cambios políticos y situaciones económicas o educativas diversas) o evoluciones culturales (cambios en las normas de relación

con los progenitores o con el sexo opuesto) que han afectado a su desarrollo físico, su conducta o sus representaciones.

¿Qué podemos decir de los jóvenes españoles en el momento actual? Nuestros adolescentes y jóvenes están marcados por la incongruencia entre los procesos de desarrollo individual y social: progresan muy pronto por lo que respecta a la madurez biológica y relacional al mismo tiempo que se retrasa su independencia material y emocional durante quince años. A diferencia de otros países europeos, casi todos los jóvenes españoles de 21 años viven en el hogar familiar, lo cual implica una falta de madurez en ciertos aspectos de su identidad.

Estos hechos se producen en el seno de un conjunto de circunstancias sociales que definen este principio del siglo XXI: cambios demográficos que incluyen baja natalidad, menos jóvenes y más ancianos; cambios en el acceso al mercado laboral y dificultades para acceder a un empleo estable; cambios en la familia, menos hijos, con diferentes relaciones, nuevas estructuras; cambios en la composición étnica y cultural y en las actitudes hacia el género; influencia de los medios de comunicación, socialización a través de la imagen, importancia de internet, el móvil, los videojuegos, y cambios en las instituciones educativas.

La cultura

De la misma forma que hemos hablado de fechas en la aparición de una etapa llamada adolescencia, podemos preguntarnos por la universalidad del fenómeno y, por lo tanto, por la influencia de la cultura en la manera de vivir la adolescencia. Por lo que respecta a la cuestión de la adolescencia como etapa problemática, la antropóloga Margaret Mead es una autora de referencia. En su libro clásico *Adolescencia*,

sexo y cultura en Samoa (1928), Mead nos muestra una juventud samoana que transita tranquilamente de la infancia a la edad adulta en un ambiente de libertad y sin conflictos, hecho que contrasta agudamente con las visiones de la adolescencia que se tenían en aquella misma época en Occidente, centradas sustancialmente en sus aspectos problemáticos.

Estas observaciones condujeron a establecer una premisa general hoy aceptada: las conductas adolescentes adquieren significados particulares en estrecha relación con las pautas culturales de la sociedad donde viven los adolescentes. Por su parte, R. Benedict, otra antropóloga de renombre, relacionó el grado de dificultad de la adolescencia con el grado de discontinuidad entre la sociedad infantil y la adulta. Esta continuidad o discontinuidad se produce en tres dimensiones: la responsabilidad o no responsabilidad, la dominación o sumisión y la actividad o inactividad sexual. Cuanto más fluida sea la transición de un polo a otro de estas dimensiones, menor será a su vez la dificultad de la transición entre la infancia y la edad adulta. En nuestra cultura, prevalece la discontinuidad y, por lo tanto, la adolescencia comporta dificultades importantes.

Finalmente, varios estudios de carácter antropológico, que se dedican a analizar los ritos de paso, se han ocupado de ilustrar la manera como otros grupos humanos reducen la incertidumbre que provoca en las personas la falta de definición de esta etapa adolescente, mediante la sumisión del adolescente a unos ritos de transición que lo separan de la infancia y lo incorporan a la sociedad adulta según unas ceremonias prefijadas.

La obra de estas insignes antropólogas se sitúa en la línea de las teorías psicológicas que subrayan el papel del ambiente en la explicación de la conducta humana. En el caso concreto de la adolescencia, el aprendizaje de nuevos papeles sociales puede resultar una fuente de problemas o producirse sin graves

inconvenientes según las instituciones socializadoras. Como ilustración, uno de los autores conductistas más nombrados, Skinner, proponía en su obra *Walden Dos* un medio para evitar algunas tensiones a los adolescentes: una organización social en la que, una vez llegada la pubertad, los chicos y las chicas pudiesen satisfacer sus necesidades sexuales (los adolescentes debían consultar también un consejero matrimonial para dilucidar si su elección de pareja era la adecuada).

Un autor contemporáneo muy influyente, y que ha evolucionado desde raíces conductistas, Bandura, tampoco considera la adolescencia como un período esencialmente problemático, sino una etapa —como todas las de la vida— en la que se produce una variabilidad importante según el grado en que las personas se adaptan a su medio.

El género y la etnia

Para acabar este apartado hay que aludir a otros determinantes que influyen, junto al tiempo y el lugar, en la historia de vida que construirá cada adolescente. Hasta ahora, los dos más estudiados han sido la pertenencia a diferentes géneros y a diferentes etnias.

En el primer caso, hay muchos aspectos del desarrollo que se viven de manera diferente si se es un chico o una chica: los cambios corporales, las representaciones y conductas sexuales, los problemas de alimentación, la incidencia de la depresión, el desarrollo de la identidad, los conceptos de amistad, las adicciones, el tipo de violencia, el rendimiento académico.

Por lo que respecta a las comunidades étnicas, la primacía de los autores anglosajones da como resultado un importante número de estudios sobre todas las comunidades presentes, sobre todo, en Estados Unidos: afroamericanos, latinos, chinos. En nuestro país, empezamos a interesarnos por el fenómeno de los inmigrantes jóvenes y adolescentes. De hecho,

el informe *Juventud en España* (IJE) de 2005 es el primero que trata esta cuestión.

Pero aún nos queda mucho por saber sobre este fenómeno: cómo se forjan una identidad estos jóvenes, cómo son sus relaciones familiares, cuáles son sus diferencias de género, etc. También sería necesario que los expertos nos interesásemos por otros grupos que han quedado al margen de los estudios más divulgados: aquellos que sufren pobreza, los prejuicios ancestrales —la minoría gitana—, o la enfermedad —jóvenes con graves problemas físicos y mentales.

Como conclusión, hay que tener en cuenta que, cuando nos referimos a cualquier período de la vida, no estamos hablando solo de categorías naturales —dictadas por la biología, definidas por tipos universales e inmutables— sino más bien de categorías sociales, dotadas de significado para una cultura y una sociedad particulares.

Por otro lado, hay que rechazar la visión determinista según la cual los adolescentes no aportan nada a su desarrollo. La historia, la cultura, el género, la clase social influyen en grado variable sobre su trayectoria pero no olvidemos que también ellos son agentes de su cambio, ya que crean concepciones y valores que influyen en ellos y en la sociedad adulta.

Algunas ideas ingenuas

En la mente de cualquier persona profana todos los períodos de la vida están asociados a representaciones elaboradas a partir de experiencias personales, informaciones transmitidas por el entorno más próximo y por aquellos medios de comunicación que cuentan con más facilidad para crear opinión.

La adolescencia no escapa a esta ley.

Este período de la vida resulta, además, un tema especialmente atractivo para la literatura o el cine. Su condición por el

momento de profundos cambios, su aureola de romanticismo y exaltación, su afán de libertad y su dosis de riesgo la convierten en un magnífico tema para la fabulación.

A lo largo de la historia encontramos diferentes estereotipos sobre la adolescencia y la juventud que aún perduran. Son visiones que presentan un adolescente, usualmente hombre y de clase burguesa, que encarna los ideales de la belleza, la fuerza, la renovación y, al mismo tiempo, los riesgos de la irreflexión, la falta de control y la intolerancia.

¿Cuáles son las representaciones que construye y difunde actualmente el mundo adulto sobre nuestros adolescentes? Pensemos, por un momento, qué visión corroboraríamos: ¿la adolescencia es la edad del pavo?, ¿la curiosidad?, ¿la rebelión?, ¿los problemas?, ¿la formación?, ¿el amor? Esta pregunta no tiene solo un interés teórico. Nuestras concepciones influyen en nuestra conducta como investigadores, educadores, médicos, padres, políticos, ciudadanos.

Parece que coexisten dos visiones sobre los adolescentes. La primera dibuja un retrato adolescente a partir de las carencias o los aspectos negativos que surgen de la comparación con una persona adulta idealizada. De esta manera, se tilda al joven de inmaduro, irresponsable, inseguro, confuso, negativo, dependiente frente a un adulto maduro, responsable, seguro, positivo e independiente. Esta representación es inexacta, en primer lugar porque no hace justicia a muchos adolescentes y, en segundo lugar, porque el adolescente —que aún tiene mucho camino por recorrer— ha progresado enormemente si lo comparamos con el niño que fue.

Además, esta valoración negativa puede tener como efecto un abandono de ciertos hitos que se podrían lograr en esta edad. Así que en el ámbito familiar y escolar no se da oportunidades a los adolescentes de elegir y hacerse cargo de sus decisiones basándose en la irresponsabilidad característica de

esta edad. Esta forma de actuar funciona como una profecía autocumplida: el adolescente no vive situaciones que fomenten el aprendizaje de la responsabilidad y, por lo tanto, no avanza en este terreno.

De acuerdo con lo anterior, algunos sociólogos apuntan al relieve de representaciones adulatoras de la juventud por representaciones inculpatorias. Las primeras surgieron en plena bonanza económica (años 60 y 70 del siglo XX) y mostraban al joven como un nuevo ser humano más feliz, más afortunado y mejor dotado física y culturalmente, al que los adultos debían imitar.

Las actuales visiones inculpatorias lo muestran como un ser desubicado, irresponsable, incapaz de forjarse un futuro. Cuántas veces hemos escuchado que los jóvenes no se van de casa porque son muy cómodos, que son incapaces de responsabilizarse de un trabajo estable, que rehúsan la maternidad porque son egoístas, que han convertido las aulas en un lugar peligroso, que no se interesan por nada...

Todas estas frases son generalizaciones abusivas y, sobre todo, descontextualizadas. Olvidan que uno de los orígenes de la desubicación de los jóvenes no se encuentra —como juzgaría gran parte de la sociedad adulta— en su deseo de no crecer, sino en las condiciones socioeconómicas actuales que dificultan el acceso a la independencia.

Ante estas visiones de la adolescencia y la juventud, que señalan fundamentalmente las limitaciones, algunos autores apuntan a la emergencia de una concepción contrapuesta, postmoderna, que nos presenta un adolescente refinado, maduro, con conductas elaboradas. Interpretada esta visión en relación con sus consecuencias, el resultado principal es el abandono de los jóvenes por parte de los adultos, ya que aquellos no los necesitan.

En este sentido, todos somos espectadores, cada vez más, de hasta qué punto se considera que los adolescentes –incluso los niños– están dotados de posibilidades intelectuales o emocionales que, de hecho, no poseen. Esta suposición comporta el riesgo de privar a los adolescentes de la guía y la supervisión adulta, que resultan cruciales para el desarrollo.

Estas concepciones influyen en el comportamiento de los adultos de una manera que no contribuye a facilitar el paso hacia la madurez que significa la adolescencia, bien porque subestiman las capacidades de los chicos y las chicas, bien porque las supervaloran. En los apartados siguientes, expondremos un retrato más ajustado de las capacidades del adolescente para adaptar los esfuerzos sociales, educativos y médicos a sus necesidades.

Las concepciones científicas

El estudio científico contiene salvaguardias inestimables para tratar los problemas que nos ocupan. Pensamos en las imágenes negativas de los adolescentes y jóvenes que los retratan como si casi fuesen un peligro social. ¿De dónde proceden? ¿De estudios científicos o de observaciones anecdóticas? Usualmente provienen de datos sensacionalistas que ofrecen los medios de comunicación, de imágenes y hechos impactantes que perduran en la mente de los adultos frente el acceso difícil a otras fuentes de conocimiento.

Ante eso, cualquier persona interesada en los adolescentes debe poner en marcha sus dotes de reflexión: buscar ejemplos diferentes, tomar como muestra los adolescentes próximos, leer las noticias en su totalidad, no hacer comparaciones con pasados reconstruidos ilusoriamente o con conductas adultas idealizadas.

La psicología de la adolescencia cuenta con un conjunto de teorías y métodos que, a pesar de sus bieses, nos permite acercarnos de forma más fiable a los adolescentes. En relación con los métodos, en primer lugar, hay un conjunto de técnicas que recogen información suministrada por el mismo adolescente, es decir, instrumentos que piden al adolescente que exprese sus razonamientos, opiniones, actitudes o experiencias sobre un aspecto particular.

Entre estas técnicas se encuentran los cuestionarios, las entrevistas y los estudios de casos. En los cuestionarios, se presenta a los sujetos un conjunto acotado de preguntas sobre uno o varios aspectos de su comportamiento. El adolescente puede ofrecer una respuesta abierta o escoger de entre diversas opciones la que mejor refleja su forma de pensar o actuar, que es lo más usual. La entrevista clínica se estructura alrededor de unas preguntas básicas, comunes a todos los sujetos, pero a diferencia de la homogeneidad que se pretende en la aplicación de los cuestionarios, la persona que realiza la entrevista modifica las preguntas e incorpora otras nuevas según las respuestas que da la persona. En el estudio de casos o en la investigación clínica se recogen informaciones procedentes de fuentes diversas, como pruebas estandarizadas, entrevistas clínicas y observaciones, en relación con un único sujeto.

Un método fundamental, con una presencia mucho más reducida en los estudios sobre la adolescencia, es la observación. Sin duda, la observación estructurada, realizada en el laboratorio, o la observación naturalista facilitan una aproximación de primera mano a las conductas de los adolescentes. La falta de rigor que se ha podido atribuir a este método se ha resuelto hace tiempo mediante los procedimientos sistemáticos de recogida de información.

La introducción del vídeo permite, además, una análisis pormenorizado de las situaciones registradas. Debemos seña-

lar también que los métodos observacionales han sido esenciales en los estudios antropológicos sobre la juventud y han dado ocasión a un enfoque teoricometodológico –la etnografía–, que cada vez se aplica con más frecuencia a la psicología evolutiva y educativa. En el enfoque etnográfico, el concepto clave es la cultura y el acercamiento –por medio de la observación participante– a los escenarios donde se desarrolla la vida de las personas. Como en las otras técnicas, la observación presenta ciertos riesgos de los cuales hay que ser consciente: en este caso, la influencia de la presencia del observador en la conducta de las personas y la subjetividad del mismo observador.

Estas técnicas de recogida de datos son las más frecuentes. Además, los investigadores de la adolescencia disponen de otros recursos para aproximarse a los adolescentes, como pueden ser sus diarios o las observaciones de sus progenitores o maestros.

Para acabar, hay que señalar que debemos tener la misma cautela al leer, por ejemplo, una noticia de prensa sobre los adolescentes que al considerar los trabajos científicos. Es conveniente fijarse en la hipótesis de partida, en la manera de recoger los datos, en los grupos de adolescentes que participan, en los adolescentes que no participan, en el lugar y el momento en que se ha realizado el estudio, y en las posibilidades de generalización que tienen las conclusiones.



HACIA LA MADUREZ FÍSICA

Uno de los índices más claros del “adiós a la infancia” se relaciona con el conjunto de cambios físicos que empiezan a experimentar niños y niñas al inicio de la adolescencia. La amplitud y la profundidad de estas transformaciones no tienen parangón con otras etapas de la vida salvo la primera infancia.

Estos cambios se suceden a lo largo de varios años en una secuencia prefijada que conducirá a la madurez física y sexual, aunque no todos los adolescentes los vivirán en el mismo momento ni representarán lo mismo para todos.

El hecho de saber cómo viven los adolescentes estas novedades biológicas no se podrá entender al margen del resto de reajustes intelectuales, afectivos y sociales. Desde el punto de vista propiamente biológico, si bien el rango de edades en que aparecen las primeras manifestaciones de la pubertad está asociado a componentes hereditarios, este proceso está influido por factores ambientales como la alimentación o el ejercicio físico.

La experiencia personal del adolescente, su adscripción de género, la representación que construye sobre este proceso es igualmente decisiva, sin olvidar que los cambios tienen lugar en el seno de una cultura, una comunidad, un entorno familiar y educativo y un grupo de compañeros. Al mismo tiempo, los

cambios físicos también influyen en su mentalidad y acciones.

La pubertad

El término pubertad hace referencia a la aparición del vello pubiano. En las lenguas derivadas del latín, el adjetivo *pubescente* remite a “púber”, y a “peludo” en el campo de la botánica. A su turno, la palabra púber se aplica a los niños en los que se empiezan a manifestar los caracteres de la madurez sexual.

La definición pediátrica del término pubertad es la siguiente: cambios morfológicos y fisiológicos que se dan en el desarrollo del chico o la chica a medida que las gónadas cambian del estado infantil al estado adulto. Este proceso se completa con la madurez física y sexual del adolescente y la adquisición de las características adultas de cada sexo. Las manifestaciones principales de la pubertad son las del siguiente cuadro.

Las pruebas de la pubertad

1. El “estiramiento” adolescente: una aceleración seguida de una desaceleración del crecimiento en la mayor parte de las dimensiones del esqueleto y en muchos órganos internos.
2. El desarrollo de las características sexuales primarias: aquellas implicadas directamente en la reproducción; por ejemplo, el desarrollo de los órganos sexuales o la primera menstruación en las chicas y la primera eyaculación en los chicos.
3. El desarrollo de las características sexuales secundarias: aquellas características importantes para distinguir hombres y mujeres, pero que no son clave para la reproducción. En el hombre la aparición de vello en la cara o en el pubis o los cambios en la voz; en la mujer, la aparición del vello pubiano o el aumento del pecho.
4. Los cambios en la composición corporal: en la cantidad y la distribución de la grasa en asociación con el crecimiento del esqueleto y la musculatura. Las variaciones en la forma del cuerpo hacen que las proporciones relativas de sus partes expe-

rimenten un cambio importante en comparación con la infancia. Así, nos parece que los adolescentes varones tienen unas piernas muy largas con respecto al tronco o que las chicas han aumentado el diámetro de las caderas.

5. El desarrollo de los sistemas circulatorios y respiratorios, que conduce a un aumento de la fuerza y la resistencia.

El comienzo de estas manifestaciones está regulado por el cerebro y el sistema endocrino, aunque el establecimiento de los mecanismos por los que se inicia la pubertad continúa siendo objeto de controversia.

Las diferencias entre los dos sexos no se deben a la presencia de diferentes hormonas en la sangre (testosterona en chicos y estrógenos en chicas), sino a su diferente concentración. Así, los chicos superan a las chicas en niveles de andrógenos, y las chicas a los chicos en niveles de estrógenos. El aumento en la concentración de andrógenos produce cambios internos y externos en el aparato reproductor masculino.

La acción de la testosterona se refleja en el aumento de tamaño de los testículos y el pene, la producción de esperma, el vello en la cara y el cuerpo, y el cambio del tono de voz. En las adolescentes, la producción de estrógenos y progesterona influye en el desarrollo del útero y la vagina, el aumento del pecho, la distribución corporal de la grasa y la regulación del ciclo ovulatorio.

Estos cambios, que llevan a la madurez física y sexual, constituyen un proceso con fases diferentes que, normalmente, puede durar cuatro o cinco años. La tabla siguiente muestra esta secuencia en chicas y chicos.

La tabla permite constatar que aquello que para muchas personas profanas marca la transformación clave –la primera menstruación y la primera eyaculación– tiene lugar en un estadio muy avanzado del proceso (estadios IV y V).

Estadios puberales		En niñas	En niños
Estadio I	Prepuberal. No hay desarrollo mamario.	Prepuberal. Tamaño testicular (2,5 cm).	
Estadio II	Se inicia el desarrollo del tejido mamario subareolar (botón mamario), se ensancha la areola y puede aparecer el vello axilar y/o pubiano.	Aumento del tamaño testicular (2,5-3,2 cm). Se inicia la pigmentación escrotal. Se inicia el crecimiento del vello pubiano.	
Estadio III	Aumenta el desarrollo del tejido mamario y el de la areola. Aumenta el vello axilar y/o pubiano. Hay desarrollo de labios mayores y menores y cambios en la mucosa vaginal. Empieza el olor corporal característico.	Continúa el aumento del tamaño testicular (3,3-4 cm). Se inicia el crecimiento longitudinal del pene. Aumenta el vello pubiano y se inicia el vello axilar.	
Estadio IV	Aumenta el desarrollo del tejido mamario y la areola sobresale. Aparece el vello pubiano de adulta y distribución horizontal. Acné. Aumenta el tamaño del cuello uterino. Puede ocurrir la menarquia.	Tamaño testicular (4,1-4,5 cm). Continúa el crecimiento en longitud y diámetro del pene. Vello pubiano en cantidad normal. Aumenta el vello axilar y del resto del cuerpo. Aparece la barba y el olor característico corporal. Voz grave, acné y eyaculaciones.	
Estadio V	Mamas y areólas de adulta. Menarquia.	Tamaño testicular (4,5 cm). Genitales externos de adulto. Vello pubiano y axilar de adulto. Espermatogénesis completa.	

Los ritmos de maduración

La edad en la que se empiezan a manifestar los cambios asociados a la pubertad no es la misma en las chicas que en los chicos. Esta es una primera diferencia atribuible al sexo. En general, las chicas llegan a la pubertad uno o dos años antes que los chicos (como norma, el proceso puede empezar en las chicas a los diez y once años y en los chicos a los once y doce años). Parece que la pubertad en las chicas es más temprana porque su estiramiento y el desarrollo del pecho resultan muy visibles mientras que los cambios correspondientes a los chicos –desarrollo de los genitales– no lo son.

Hay, además, importantes diferencias individuales relativas a comienzos de la pubertad y su ritmo de progresión. Eso hace que, en un grupo de chicas entre once y trece años, o un grupo de chicos entre trece y quince años, podamos encontrar desde impúberes hasta individuos con una apariencia física de adultos. Por este motivo, hablamos de adolescentes precoces, en los que la pubertad se avanza a la norma, y adolescentes tardíos, que llegan a la maduración con retraso con respecto a la media. La clasificación anterior tiene sentido solo por lo que respecta a la norma y esta norma cambia de acuerdo con la historia o las poblaciones concretas. El 1871, en Estados Unidos, se consideraba precoz una chica que empezaba a menstruar entre los 11,5 y los 12,5 años.

Hoy la edad media de la menarquía en España es de 12,5 años.

Las diferencias en la manifestación de la pubertad están unidas a componentes genéticos y poco asociados a factores étnicos. Sin embargo, influyen los factores ambientales. Entre estos, la alimentación ejerce un papel fundamental. En concreto, una mala alimentación retrasa el crecimiento y la pubertad, aunque no la impide.

El nivel desigual de riqueza explicaría el adelantamiento o el retraso de la pubertad cuando establecemos comparaciones entre países o entre clases sociales. A pesar de las creencias populares, el clima no parece que influya decisivamente en el comienzo de la pubertad. En relación con estos aspectos ambientales, desde el final del siglo XIX y a lo largo del siglo XX, la edad media en la que empieza la pubertad y se produce el estiramiento se ha avanzado considerablemente.

Este adelantamiento progresivo en la maduración física ha recibido el nombre de tendencia secular. En nuestro país, de 1956 a 2000, se ha observado una tendencia secular que supone un aumento de 9,6 centímetros en la altura.

Entre los factores ambientales, hay que incluir también los factores psicológicos. Así, no resulta nueva la idea de que la privación de afecto produce retrasos en el crecimiento físico en la infancia y podría tener semejantes consecuencias en la adolescencia.

Por lo que respecta a las consecuencias de las situaciones psicosociales en el desarrollo, una dato sorprendente es la posible influencia de conflictos familiares en el adelantamiento de la pubertad, en concreto, la menarquía en las chicas. Aún no hay una confirmación clara de este hecho y, por lo tanto, su posibilidad de generalización y explicación se mantiene en duda.

Los cambios en el cerebro

Gran parte de los manuales sobre adolescencia se limitan a describir los cambios relativos a la pubertad y no hacen mención de los cambios en el cerebro, quizá debido al escaso número de investigaciones en este campo. Sin embargo, gracias a los nuevos conocimientos teóricos y nuevas técnicas de estudio –por ejemplo, la resonancia magnética– se ha llegado

a la conclusión de que el cerebro adolescente es diferente al del niño.

Dos diferencias fundamentales surgen de la comparación del cerebro antes y después de la pubertad. Por lo que respecta a las neuronas, los cuerpos celulares y las dendritas no cambian mucho en la adolescencia pero sí que lo hacen los axones, en concreto, su mielinización. Este proceso aumenta la velocidad de transmisión de la información nerviosa en la corteza frontal.

En cuanto a las conexiones entre neuronas, hay dos procesos complementarios: la proliferación y la eliminación de sinapsis. Durante la infancia y la pubertad, se produce un aumento de la sinapsis en la corteza pre-frontal. Después de la pubertad, se produce una eliminación y reorganización de ésta sinapsis.

Por lo que respecta a la estructura del cerebro, entre los 3 y 15 años se producen avances significativos. Así, entre los 6 años y la pubertad, el crecimiento se produce fundamentalmente en los lóbulos temporales y parietales, relacionados con las funciones lingüísticas y espaciales. El lóbulo frontal continúa desarrollándose durante la adolescencia hasta la edad adulta.

Estos cambios cerebrales se han vinculado a transformaciones en diversas áreas de la conducta.

Así, las autoras Blakemore y Choudhury apuntan a la influencia de estos cambios en el desarrollo de funciones intelectuales ejecutivas, como la atención selectiva, la toma de decisiones o la inhibición de respuestas. El procesamiento de la información no es el único campo afectado por el desarrollo cerebral.

Burunat ha señalado la coincidencia entre la falta de madurez de la corteza pre-frontal –y el correspondiente déficit de control inhibitorio– y algunas características psicológicas

de este período, como la impulsividad, el incremento de la búsqueda de estímulos o las conductas de riesgo.

En la misma línea, otros estudios han encontrado una diferencia importante entre el procesamiento de información emocional del adolescente y del adulto.

En los adolescentes, la actividad de la amígdala era superior a la detectada en el lóbulo frontal, y en cambio los adultos presentaban el patrón inverso. Dado que la amígdala está más relacionada con la emoción y el lóbulo frontal con el razonamiento, los autores suponen un comportamiento más visceral en los adolescentes que en los adultos. Sin negar estas explicaciones, hay que avanzar hacia propuestas multicausales a la hora de explicar conductas complejas, cosa que nos permite introducir el apartado siguiente.

La relación entre cambios biológicos y psicológicos

Los cambios en la apariencia no dejan frío a ningún adolescente. Son una reelaboración de su imagen corporal y una interrogación sobre su atractivo.

Estos hechos presentan implicaciones en procesos psicológicos fundamentales, unidos especialmente a la definición que hacemos de nosotros mismos, el grado de satisfacción con esta definición y la asunción de una identidad y un papel masculino o femenino.

Hay que alejar la concepción según la cual la biología es un factor causal de los cambios psicológicos o a la inversa. En consecuencia, cuando nos referimos al cuerpo y a sus transformaciones, estamos hablando de alguna cosa más que de su dimensión biológica.

El acceso a nuestro cuerpo no es nunca inmediato, sino que nuestra experiencia está intervenida por un universo de representaciones, imágenes y símbolos que articulan la his-

toria personal de cada sujeto con el patrimonio cultural de la sociedad a la que pertenece.

La manera de vivir las novedades por lo que respecta al cuerpo está influida no sólo por su aparición, sino por otras características psicológicas del adolescente, por las reacciones de la familia y compañeros y por los patrones culturales.

Dentro del conjunto de cambios que constituyen la pubertad, la menarquía ha estado uno de los aspectos más estudiados en relación con las reacciones que suscita en las adolescentes. La espermaquía, o primera eyaculación, parece pasar más desapercibida por las características concretas del hecho y porque a menudo tiene lugar mientras se duerme. La mayor parte de los trabajos están de acuerdo en afirmar que la primera menstruación supone un cierto impacto emocional para las chicas y que el signo de estas emociones es la ambivalencia.

Petersen reveló que las chicas se representan la menstruación como un acontecimiento que puede producir miedo, pero también alegría. Además de sus condiciones como hecho físico, la menstruación significa el acceso a la categoría de mujer ante la categoría de niña y, por lo tanto, puede ser deseada, ya que significa un nivel diferente y superior, o temida porque implica al abandono del estado infantil.

El impacto de la primera menstruación está moderado, a su vez, por el momento en el que aparece, por las reacciones de la familia y de las personas que rodean el adolescente, y por el medio cultural. Por lo que respecta al momento en que aparece la menarquía, las chicas precoces parecen experimentar más dificultades. Otro aspecto igualmente importante es la información previa que se ha recibido sobre el hecho.

Algunos estudios encuentran que las mujeres, cuando recuerdan retrospectivamente, admiten haber estado muy informadas sobre los aspectos biológicos, pero no de su significado personal. Varios estudios encuentran también relación entre

el desconocimiento del mecanismo biológico de la menstruación y una actitud negativa.

Cuanto más grande sea el producto de la suma del desconocimiento –y, por lo tanto, la sensación de falta de control– con respecto a la menstruación, el ambiente de secreto que impide su manifestación en público, los tabús culturales sobre la sangre y la impureza asociada a la menstruación, y la utilización del cuerpo de las mujeres como objeto, mayor será la probabilidad de reacciones negativas.

Una mejor educación sexual, la posibilidad de manifestar la presencia de este hecho en los ambientes cotidianos, la superación de los tabús y prejuicios sobre el cuerpo y la sexualidad femenina abrirán paso a considerar la menstruación tal como es: una manifestación de que el desarrollo sigue un curso normal y saludable.

Sin duda, no sólo la menarquía o la espermaquia llaman la atención de los adolescentes. Hay otros cambios corporales igualmente decisivos. Por ejemplo, la aparición del acné en ambos sexos, el aumento de peso y el desarrollo mamario en las chicas o la aparición de vello facial, el cambio de voz y el aumento del pene en los chicos. Todos estos cambios transforman la imagen que tenemos y ofrecemos de nosotros mismos.

La percepción de nuestro cuerpo forma parte importando del concepto que tenemos de nosotros mismos y, al mismo tiempo, influye en nuestra autoestima.

En la adolescencia, el sentimiento de ser atractivos se relaciona no sólo con una autoestima alta, sino también con mejores relaciones con los compañeros, los profesores y los padres.

En relación con la variable sexo, diferentes investigaciones han encontrado que, al final de la infancia y en la adolescencia, el grado de satisfacción con la apariencia física se empieza a

diferenciar entre chicos y chicas: las chicas muestran claramente menos satisfacción, cosa que a su turno incide en su autoestima. A las chicas, les preocupa lo que entienden como exceso de peso. En los chicos también puede preocupar el exceso de peso pero principalmente les inquieta estar demasiado delgados y, así, sus dietas tienen como finalidad engordarse.

Este es uno de los índices de la huella de la cultura en la confección de una imagen ideal.

Fundamentalmente pero no exclusivamente en las adolescentes, la comparación con cánones de belleza absurdos e inalcanzables puede comportar una imagen distorsionada de ellas mismas, que en su vertiente más grave puede ser uno de los síntomas de los trastornos de alimentación denominados anorexia y bulimia nerviosa.

La sexualidad

En relación con la sexualidad, debemos empezar haciendo tres reflexiones básicas generales. Primero, la sexualidad incluye todo nuestro ser corporal, psicológico y social; segundo, las personas somos seres sexuados desde el nacimiento hasta la vejez, y tercero, la sexualidad no se relaciona sólo con la reproducción, sino que significa una forma de vivir la ternura, la comunicación, los afectos o el placer.

Como período general de cambios, la adolescencia también implica transformaciones en este terreno. Hemos visto ya como las novedades biológicas comportan una nueva representación de nuestro cuerpo y una nueva definición de quién somos. La sexualidad formará parte de esta nueva identidad de los adolescentes y, de hecho, pueden sentirse más preocupados por aspectos relacionados con su personalidad que por los mismos actos sexuales: hacer el ridículo, ponerse en evidencia, descubrir la propia incapacidad ante los otros,

tener miedo a que los otros se rían de nosotros, que suelen tener más importancia que las decisiones racionales que tienen que ver con la sexualidad. Este hecho muestra aspectos psicológicos de la sexualidad en los que progresarán los adolescentes: seguridad en ellos mismos, habilidades de relación con los otros, desinhibición.

Tanto si los adultos lo admiten como si no, los adolescentes manifiestan comportamientos sexuales. Ya antes de la pubertad, aparecen las fantasías y los sueños eróticos. En la adolescencia, estas fantasías implican un medio de experimentación mental sin riesgos y pueden utilizarse para potenciar la excitación sexual. La masturbación, presente ya en la infancia como auto estimulación de los genitales y otras zonas erógenas, es la principal manifestación sexual en la adolescencia.

A pesar de los tabús que han rodeado su práctica, el autoerotismo ejerce funciones positivas: ayuda a conocer al funcionamiento sexual y es un medio para aliviar la tensión sexual. La frecuencia de la masturbación parece estar sujeta a diferencias culturales y de género: los varones más que las mujeres y, por ejemplo, los latinoamericanos menos que los suecos. Las caricias constituyen una forma de iniciar las relaciones sexuales y permiten conocerse y conocer al otro.

Por lo que respecta a las relaciones sexuales completas, la edad media en España se sitúa entorno a los 18 años, según el Informe *Juventud a España* 2004. El informe de 1996 ofrecía también algunos datos interesantes sobre las variables que se correlacionan con una iniciación sexual más temprana o tardía. En el cuadro siguiente, podemos ver los factores que favorecen una iniciación sexual más tardía:

El modelo de innovación más tardía

Ser mujer + pertenecer a una familia con status alto o medio + prolongar los estudios en la universidad + haber estudiado en un

centro religioso + percibir un mayor control paterno en los horarios, los amigos y la intimidad erótica en el hogar familiar + ser católico practicante.

Este retrato, y su complementario, ponen de manifiesto el entramado de dimensiones de género, familiares, sociales, educativas y religiosas que influyen en los comportamientos sexuales de los adolescentes. En general, los chicos y las chicas muestran patrones tradicionales estereotipados por lo que respecta a la sexualidad, que se ven templados conforme aumenta el nivel de estudios y la edad de la muestra.

Así, por ejemplo, los chicos aceptan más su sexualidad, dicen llevar la iniciativa, masturbarse más y sentirse mejor después de hacerlo, no necesitan amar para tener relaciones sexuales, en general tienen su primera relación sexual más a menudo con una persona desconocida y presentan actitudes más desfavorables ante los anticonceptivos.

Por su parte, las chicas valoran menos el coito, aceptan menos su sexualidad, dicen que la iniciativa la lleva su pareja, no ofrecen datos sobre masturbación, necesitan amar para mantener relaciones sexuales, tuvieron su primera relación con la pareja y manifiestan actitudes favorables ante los anticonceptivos.

Las prácticas sexuales con otras personas pueden tener diferentes orientaciones. La heterosexualidad sería la orientación sexual más frecuente. Sin embargo, olvidamos que hay jóvenes homosexuales y jóvenes bisexuales. Las cifras que ofrece el IJE 2004 sobre relaciones homosexuales son del 3,4 por ciento para chicos y el 2 para chicas. Sabemos así que no es un hecho tan excepcional como puede pensarse, teniendo en cuenta que muchas veces permanece oculto. Este encubrimiento tiene graves repercusiones: los adolescentes homosexuales pueden presentar problemas de salud mental, cuya

causa no es la orientación sexual sino el aislamiento y el estigma social que aún implica pertenecer a esta categoría.

El enamoramiento

En la adolescencia también toma un nuevo impulso la sensación de enamoramiento, la imaginación romántica y las fantasías sentimentales. El enamoramiento y el amor cumplen en la adolescencia funciones positivas, de manera comparable a las que cumplen la amistad.

Ayudan a los adolescentes a llevar a cabo las siguientes funciones: desarrollar su personalidad, definirse mejor y aceptar su cuerpo y su identidad sexual, llegar a ser autónomos por lo que respecta a las aficiones infantiles y conjugar la ternura y la sensualidad.

Estas experiencias también dan ocasión a situaciones en las que predomina la ansiedad, la insatisfacción, la desilusión o el sufrimiento. Todas estas sensaciones —las más agradables y las que no lo son tanto— aumentan el conocimiento del adolescente sobre un aspecto importante de la vida y se experimentan todas a partir del cedazo de la cultura expresada en novelas, películas de cine y televisión, parejas populares.

En la misma dirección, la experiencia de la sexualidad está influida por el contexto social de los jóvenes. La sociedad adulta desarrolla un doble juego de ocultación y sobreexposición, prohibición y supervaloración que, lejos de aportar una guía a los adolescentes, los confunde aún más. La familia, en concreto, proporciona a las personas información sobre su condición de hombre y mujer, los papeles de género, el atractivo físico y la sexualidad desde el momento del nacimiento. Por lo que respecta a los papeles de género y la sexualidad los padres parecen seguir reforzando en la adolescencia los

patrones más tradicionales: permiten más transgresiones a los chicos o tienen menos expectativas sobre el éxito académico de las chicas.

Por otro lado, la familia y la institución educativa prepararían el terreno para un mejor desarrollo psicológico si actuaran contra el desconocimiento de los hechos en su faceta biológica y, fundamentalmente, en su faceta de experiencia personal. Por lo que respecta en el terreno educativo formal, contamos en este momento con la inclusión de estos conocimientos por medio de la educación afectiva y sexual. Con esta finalidad, se han publicado en España trabajos excelentes, que resultan de gran ayuda para los maestros y los profesionales de la psicología y la psicopedagogía. Entre otros, hay que citar las obras de Centerwall, Fuente, López, López García, Marínes y Satisface, Moreno y otros.

La escuela debería continuar avanzando en este camino y preocuparse por el currículo implícito en sus enseñanzas, en sus espacios, en las actividades que lleva a cabo en los descansos, ya que forman parte muy importante del que las chicas y los chicos aprenden sobre su definición como mujeres y hombres.

Los amigos también influyen a través de la información que intercambian y las actitudes que adoptan. Esta influencia puede resultar positiva o negativa. Los adultos próximos pueden igualmente influir en los adolescentes de manera positiva o negativa. Los adultos deberían conceder a la pubertad la importancia que realmente tiene y no infravalorar los esfuerzos de adaptación que requiere por parte de los adolescentes. Ridiculizarlos o menospreciar su preocupación por el físico son comportamientos sin sentido.



OTRA MANERA DE PENSAR

El paso de niña a adolescente no sólo se refleja en los evidentes cambios físicos. Los adolescentes nos sorprenden con su interés, argumentaciones y preguntas sobre el mundo personal y social. Dialogar con ellos no es conversar con un niño. Los adolescentes incluyen aspectos de la política, de las relaciones personales, de la religión, de la música que antes aparecían en menor grado y, sobre todo, de forma diferente. Esta singularidad proviene de una forma de razonar específica de la adolescencia que abordamos a continuación.

Las capacidades de razonamiento

La obra clásica fundamental sobre el pensamiento en estas edades, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, la publicaron Inhelder y Piaget el 1955.

Afirmaban que el carácter fundamental de la adolescencia es la inserción del individuo en la sociedad de los adultos. Esta inserción supone: primero, considerarse igual que los adultos y juzgarlos en un plan de igualdad y reciprocidad; segundo, trazar un programa de futura vida, y finalmente, reformar la sociedad donde se debe inserir.

Esta entrada en el mundo adulto requiere instrumentos intelectuales y afectivos diferentes a los que utilizan los niños. La novedad central en el pensamiento del adolescente será la

capacidad de recapacitar más allá del presente, es decir, tomar como objeto de razonamiento situaciones que pueden no haberse encarnado aún en la realidad. Los niños razonan sobre “el aquí y el ahora”; los adolescentes razonan más sobre “allí y entonces”, “en ninguna parte”, “nunca”, “aún no”.

El adolescente construye así teorías –representaciones abstractas de lo que es real y lo que es posible– y sistemas –conjuntos de conocimientos organizados. Como ilustran Inhelder y Piaget, hay niños enamorados; sin embargo, lo que distingue un adolescente enamorado de un niño es que el primero complica sus sentimientos mediante la construcción de una novela o la referencia a ideales sociales o literarios. El adulto puede encontrar ingenuas, poco originales o profundas las teorías adolescentes. Sin embargo, significan la emergencia de una nueva capacidad intelectual que le servirá al adolescente para razonar sobre él mismo y sobre la sociedad y, finalmente, como que la lógica no es ajena a la vida, le servirá también para actuar.

Ponemos ahora un ejemplo de como razonan ante un problema niños de diferentes edades y un adolescente típico. Imaginamos que les proporcionamos una balanza de dos brazos, un conjunto de pesos que pueden colgarse a diferentes distancias y los pedimos que pongan el aparato en equilibrio. De acuerdo con Inhelder y Piaget, los más pequeños (3-5 años), empiezan para equilibrar la balanza sin utilizar los pesos, manteniéndola recta ellos mismos. Después, a fuerza de tanteo, descubren que hay que colocar pesos en los dos lados y que el número de pesas debe ser semejante.

Los niños de 8 años, aproximadamente, se percatan que en el equilibrio de la balanza no solo interviene la cantidad de peso sino la distancia con respecto al fulcro del cual se cuelgan las pesas.

A partir de la adolescencia logran coordinar peso y distancia y toman conciencia de que cuanto más distancia, más peso. Vemos así que la ley general que permite explicar el funcionamiento de la balanza sólo se descubre en la adolescencia.

Anteriormente, el niño sólo explica y resuelve cada caso que se le presenta.

Además, si tenemos en cuenta su actuación, observaremos otra diferencia crucial: los más grandes piensan primero en las diversas maneras posibles de equilibrar el aparato y después van poniéndolas a prueba. Los pequeños piensan en una manera de equilibrarlo y lo prueban. Si falla imaginan otra y así sucesivamente.

Con este ejemplo hemos querido mostrar las diferencias entre un tipo de pensamiento concreto y un tipo de pensamiento formal. De forma más exhaustiva, exponemos ahora las cuatro características del pensamiento formal.

Primero, razonar sobre posibilidades. El niño se aproxima a buena parte de los problemas conceptuales utilizando directamente los datos concretos y tan rápido como sea posible. En cambio, el adolescente examina el problema con cuidado para intentar determinar todas las soluciones posibles y sólo en un segundo momento trata de descubrir cuál de estas se ha convertido en real en tal caso particular.

Segundo, razonar sobre el futuro. El futuro se incluye en el mundo de las posibilidades y, por lo tanto, eso faculta al adolescente a pensar más y de forma más metódica. Eso implica a una mayor capacidad de planificar antes de actuar y de controlar su comportamiento a partir de reflexiones previas.

Tercero, razonar sobre hipótesis. Los niños establecen las pruebas a partir de los datos concretos que se proporcionan, y elaboran las conclusiones como una generalización parcial de los resultados que han encontrado. Los adolescentes parten, sin duda, de una inspección de los datos del problema, pero

a continuación su razonamiento gira en torno a una teoría o explicación hipotética que puede ser la correcta. De esta manera, lo que se somete a prueba no es ya una representación concreta de la realidad, sino una elaboración conceptual. A partir de esta se deduce previamente qué fenómenos empíricos deben producirse o no en la realidad, y después se pasa lógicamente a comprobar si los hechos predichos tienen lugar efectivamente.

Y cuarto, razonamiento sobre el razonamiento. Las operaciones formales se basan fundamentalmente en el lenguaje. Las hipótesis, las elaboraciones conceptuales, sólo pueden expresarse en frases. Así, el adolescente no razona sobre la realidad, sino sobre su razonamiento traducido en proposiciones lingüísticas.

Gran parte de las investigaciones posteriores a las realizadas por Inhelder y Piaget han verificado el cambio cualitativo predicho por estos autores en la forma de razonamiento. Se ha corroborado que la diferencia entre el razonamiento infantil y el adolescente reside en la capacidad de pensar sobre el mundo de lo posible. Eso supone, por ejemplo, la habilidad de razonar sobre afirmaciones condicionales. El razonamiento formal también implica razonar sobre premisas que sabemos falsas —“si se pone un objeto en agua hirviendo, se enfriará”— o que van contra las nuestras creencias.

Sin embargo, han aparecido dudas sobre varios tipos de pensamiento formal: ¿aparece de repente o gradualmente?, ¿se debe a cambios biológicos o sociales?, ¿lo presentan todas las personas entre 11 y 18 años, independientemente de varios factores como las características individuales, la escolarización, la cultura? Por lo que respecta a la cultura, las características del tipo de razonamiento de una persona que pertenece a una cultura tradicional se alejan de los que definen el pensamiento formal. Este y otros datos nos llevan a tomar conciencia del

hecho que el pensamiento formal es producto de un tipo de cultura y, fundamentalmente, de la escolarización. Estas diferencias no comportan superioridad o inferioridad intelectual entre grupos humanos culturalmente diversos, sino la utilización de aproximaciones diferentes a la hora de solucionar problemas diferentes.

A la luz de las diversas críticas que reducían la generalidad del pensamiento formal, el mismo Piaget matizó que “todos los sujetos normales llegan, entre los 15-20 años, a las operaciones y a las estructuras formales, pero llegan en terrenos diferentes, y estos dependen de sus aptitudes y de sus especializaciones profesionales”. En realidad, ya en 1955 Inhelder y Piaget se encargaron de dejar claro lo que tantas veces les han reclamado sus críticos posteriormente: “Es indispensable un cierto medio social para la actualización de estas posibilidades. Esta actualización puede entonces acelerarse o ralentizarse en función de las condiciones culturales y educativas”.

En resumen, en la adolescencia se producen cambios en el pensamiento en la dirección apuntada por Inhelder y Piaget. Sin embargo, esta transformación es más progresiva, menos generalizada en la población y más dependiendo de los problemas concretos y de la intervención socioeducativa de lo que creíamos hace cincuenta años.

El procesamiento de la información

Hasta ahora hemos descrito el progreso de los adolescentes cuando se enfrentan a problemas de razonamiento. Ahora nos interesaremos por cómo recibe, percibe, recuerda y utiliza la información. Desde esta perspectiva, en la adolescencia encontramos avances en tres elementos fundamentales del procesamiento de la información: la capacidad de procesamiento,

el aumento del conocimiento en varios dominios y la autorregulación cognitiva.

Por lo que respecta al aumento de la capacidad de procesamiento, algunos autores han interpretado los avances definidos por los estadios piagetianos como un aumento gradual de la capacidad de procesamiento total, llamado espacio mental o espacio M, o del espacio de almacenamiento a corto plazo. Esta capacidad aumenta sobre todo debido a factores madurativos e implica a la posibilidad de atender y mantener en la memoria un mayor número de elementos del problema.

En cuanto a la atención, los adolescentes tienen más capacidad de atención selectiva –centrarse en la información relevante e ignorar la irrelevante– y de atención dividida –atender a dos informaciones al mismo tiempo. Por lo que respecta a la memoria, se han encontrado cambios en la memoria de trabajo, que es la que mantiene la información mientras se opera.

Por otro lado, los cambios en las habilidades cognitivas adolescentes no sólo se deben atribuir a un aumento de la capacidad de los sistemas de memoria, sino a una mayor velocidad y automatización en el procesamiento de la información. Eso significa que los adolescentes procesan la información más rápidamente y así pueden llevar a cabo más procesos cognitivos cuando se enfrentan a una tarea.

En la adolescencia los procesos cognitivos básicos llegan a su nivel de madurez funcional.

Esta mayor eficacia en el procesamiento implicará también cambios en el uso de estrategias. En general, el funcionamiento estratégico sigue un patrón evolutivo común: al principio, la estrategia está ausente, más tarde se produce bajo una estimulación externa, y después aparece espontáneamente en la conducta del sujeto. Aunque en la adolescencia y en la edad adulta se continúa ampliando el repertorio de estrategias relacionadas con el aprendizaje de material significativo complejo,

las mejoras en las estrategias de atención y de memoria se deben en muchos casos a un uso más estable, generalizado y eficaz de las que ya se han aprendido.

Todos estos avances en la atención, la memoria y las estrategias, junto con los progresos en el dominio de la lógica, comportan una modificación de las estrategias de solución de problemas específicos.

Estos progresos —cantidad de información procesada, recursos de atención, velocidad de procesamiento, funcionamiento estratégico— se relacionan estrechamente con el segundo factor al que aludíamos: los cambios en el conocimiento. En este sentido, son ya clásicos los estudios de Chase y Simon del 1973 que demostraban las relaciones entre ser experto o no en un dominio —en tal caso, el ajedrez— y la actuación de la memoria.

Hasta ahora, hemos dicho que los adolescentes aumentan sus posibilidades de utilizar el pensamiento lógico y reflexivo. Pero eso no significa que siempre lo pongan en práctica. Podríamos hablar de un pensamiento del adolescente más atado a situaciones prácticas que incluye un razonamiento intuitivo y un proceso de toma de decisiones.

El pensamiento intuitivo y la toma de decisiones

El razonamiento intuitivo, también llamado heurístico, no sigue el largo proceso deductivo que caracteriza el pensamiento formal. El pensamiento intuitivo se basa en la confección de una idea rápida a partir de experiencias anteriores, sentimientos y motivaciones inconscientes. Klaczynsky ha desarrollado diversas investigaciones sobre el pensamiento intuitivo en adolescentes de diferentes edades (13-16 años) y ha llegado a la conclusión de que, aunque con la edad se utiliza más la lógica, gran parte de los adolescentes no tienen pro-

blemas en aceptar argumentos cuestionables si tienen razones intuitivas para hacerlo.

Lo que resulta aún más interesante es que su uso de la lógica depende de sus creencias. Por ejemplo, por lo que respecta a los sentimientos religiosos, el autor ha encontrado que los adolescentes son más capaces de encontrar los errores lógicos de la argumentación cuando juzgan una conclusión desfavorable con respecto a su religión que cuando la conclusión es favorable a sus creencias. Además descalifican las conclusiones desfavorables como no fiables, imposibles o totalmente erróneas. Esta tendencia no desaparece en la edad adulta.

Estos datos no deben alentar el pesimismo frente al desarrollo intelectual. En primer lugar, las capacidades lógicas existen y se desarrollan conforme transcurre la adolescencia. En segundo lugar, el razonamiento intuitivo es eficaz en muchas situaciones.

En tercer lugar, también sabemos que, cuando los adultos o los compañeros ayudan al adolescente, éste es capaz de hacer una análisis lógico.

¿Qué sucede cuando el adolescente toma decisiones? Cualquier toma de decisión incluye diferentes pasos: identificar el abanico de posibilidades; analizar las consecuencias de cada elección; evaluar en qué medida es probable y deseable cada consecuencia, e integrar las informaciones anteriores.

Las habilidades necesarias relacionadas con cada paso de este proceso de decisiones varían con la edad. De acuerdo con Keating, los adolescentes imaginan más posibilidades, anticipan mejor las consecuencias y evalúan de forma más integrada toda esta información. De hecho, los adolescentes mayores se asemejan mucho a los adultos a la hora de tomar decisiones.

¿Por qué entonces los jóvenes asumen más riesgos? Parece que eso se debe más a sus valoraciones sobre lo que resulta

deseable. En el ejemplo del consumo de drogas, Arnett opina que un adolescente asumirá el riesgo porque le atrae más la búsqueda de sensaciones y le preocupa más mostrarse tímido frente de sus amigos, y no porque lleve a cabo un proceso de decisión diferente al del adulto.

La orientación escolar y vocacional en secundaria puede ayudar al adolescente a desarrollar estrategias para tomar decisiones. De acuerdo con Luque, la persona que orienta debe informar sobre cómo obtener la información necesaria para optar y, a continuación, guiar la toma de decisiones a través de procedimientos que permitan manejar esta información, para que el adolescente busque imaginativamente las diversas posibilidades de opción que se presentan y elija estratégicamente la opción más ventajosa.

En el caso de la orientación vocacional, hay que tener en cuenta los diversos factores que afectan a la forma con la cual el adolescente hace planes de futuro y los intenta llevar a cabo, partiendo de situaciones de incertidumbre con respecto a él mismo y al mundo laboral al que pretende llegar.

El conocimiento social

A lo largo de la vida, nuestro funcionamiento intelectual no progresa sólo en el desarrollo de habilidades lógicas o teorías sobre el mundo físico, sino sobre todo en la comprensión de situaciones relacionadas con las personas, con sus ideas, sus sentimientos y sus conductas. Esta comprensión resulta vital, además, para tomar decisiones sobre nuestra actuación.

El campo de estudio de la cognición social trata de conocer cómo avanzamos en la comprensión de nosotros mismos, las relaciones interpersonales, las instituciones y las costumbres sociales y otros objetos de conocimiento interesantes desde el punto de vista social. Abordaremos ahora tres aspectos fun-

damentales en la evolución del conocimiento social: el yo y los otros, el procesamiento de la información social y el funcionamiento social.

En relación con el conocimiento del yo y los otros nos limitaremos a describir cómo se modifica el conocimiento sobre las otras personas, es decir, las “teorías implícitas de la personalidad”. Así Shantz ha resumido espléndidamente estos avances: antes de los 7 u 8 años, los niños conciben las personas como podría hacerlo un demógrafo o un conductista, es decir, definiéndolas por sus conductas observables y por las condiciones ambientales. Durante la infancia, se tratan las personas como un teórico de las características de la personalidad, adscribiendo las constancias sin calificar.

A comienzos de la adolescencia, emerge una concepción más interactiva, en la que las personas y sus conductas se consideran teniendo en cuenta tanto las características personales, como los factores de situación. Además, los adolescentes no sólo son capaces de integrar aspectos externos e internos en la descripción de otras personas, sino que son conscientes de que la mezcla de características es singular en cada individuo, y también que cualquier personalidad puede presentar aspectos contradictorios o dar ocasión a impresiones falsas.

El conocimiento de las otras personas implica no sólo describir como son y como actúan, sino también desarrollar habilidades para ver el mundo como estas lo ven. Selman desarrolló una teoría ya clásica sobre la adopción de una perspectiva social. En su modelo se prevén cinco niveles (0, 1, 2, 3, 4) definidos por el concepto de persona y el concepto de relaciones entre personas que predominan. Sólo a partir del tercer nivel –7 a 12 años– se puede superar una perspectiva egocéntrica y comprender que la gente piensa o siente de forma diferente a uno mismo.

Los dos últimos niveles señalan la capacidad de considerar las situaciones desde la perspectiva de un tercero imparcial y de concebir el sistema social como una construcción de perspectivas convencionales en la que todos los miembros participan en un sistema de relaciones mutuas. Los dos niveles que acabamos de describir pueden empezar a desarrollarse en la infancia media (10 años) y concluir su adquisición en la edad adulta.

El conocimiento de cuáles son y como progresan estas habilidades socio cognitivas puede ayudar al equipo de maestros y profesionales médicos, ya que tienen relación con la capacidad para ponerse en el punto de vista de los otros, facilitan la empatía, el control de la agresividad y la búsqueda de soluciones a los conflictos sociales, con la salvaguardia que la relación entre estas habilidades y la conducta no es directo.

Una actuación social competente o la inadaptación social se relacionan con la forma como se procesa la información social. Aunque el estudio de estos procesos de análisis y solución de problemas sociales se ha llevado a cabo fundamentalmente con niños, se han observado cambios cuando se acerca la adolescencia. El repertorio de posibles respuestas se amplía en las personas mayores según su mayor experiencia en la interacción social, al mismo tiempo que se conocen mejor las consecuencias de cada acción. En primer lugar, se comprueba una mejora en el análisis de las situaciones al aumentar las capacidades de atención. En segundo lugar, una comprensión más profunda de los otros facilita una interpretación más adecuada de las situaciones.

Los estudios sobre adopción de perspectivas o estrategias de actuación en situaciones sociales pueden servir de guía a la hora de diseñar programas o actividades de aprendizaje psico-social que resultan esenciales para el desarrollo personal y del grupo adolescente. Además funcionan como herramienta de

prevención frente a comportamientos lesivos para el mismo adolescente (aislamiento, drogodependencia) o para otras personas o grupos (prejuicios, delincuencia).

Otro aspecto fundamental en el conocimiento social es el conocimiento de las instituciones y las costumbres sociales. Durante la infancia y la adolescencia asistimos a un progreso gradual en la comprensión de la política, la economía, la nacionalidad o las creencias religiosas. Delval ha resumido muy certeramente los progresos en la comprensión del mundo social y ha señalado tres aspectos fundamentales.

En primer lugar, la sociedad no se concibe ya como una agrupación de elementos que funcionan aisladamente, sino de sistemas múltiples en interacción y con repercusiones recíprocas. Por ejemplo, el funcionamiento del sistema económico se ve influido y a su vez repercute en la política.

Segundo, los sistemas sociales no constituyen realidades estáticas, por el contrario, la evolución y el cambio histórico son elementos básicos de la realidad social.

Esta característica se relaciona con las nuevas capacidades de pensamiento hipotético de los adolescentes que, en este terreno, los hace concebir y desear transformaciones del orden social que no se plantean en edades anteriores.

Y tercero, el mundo social no se explica fundamentalmente por medio de las acciones de personas concretas, sino como resultado de relaciones abstractas, neutras y despersonalizadas. Por ejemplo, un conflicto entre naciones no debe relacionarse necesariamente con las características o intenciones personales de sus mandatarios, sino más bien con un vasto entramado de intereses de diferentes tipos, cuya comprensión pretende integrar marcos de referencia mutuamente influyentes.

Hay que subrayar que los avances en el conocimiento de la realidad social no están, ni mucho menos, garantizados en la

adolescencia y que la tarea educativa ocupa un papel fundamental en su consecución.



UNA NUEVA DEFINICIÓN DE UNO MISMO

Las transformaciones físicas e intelectuales provocan y al mismo tiempo posibilitan la necesidad de llevar a cabo reajustes en la anterior identidad infantil y así avanzar hacia una nueva definición personal. Los adolescentes se preguntan quienes son ahora y van confeccionando poco a poco una respuesta.

El desarrollo de la identidad

A partir de los 11 o 12 años, los niños y las niñas asisten a cambios en su aspecto físico, tienen nuevas inquietudes intelectuales, se convierten en objeto de miradas y comportamientos diferentes por parte de los otros y afrontan nuevas situaciones. Todas estas transformaciones provocan la necesidad de cambiar la definición personal frente a un mismo y los otros. En relación con esta tarea hay que señalar cinco cuestiones generales previas.

Primero, la construcción de la identidad se asocia a procesos que empiezan en la primera infancia y prosiguen a lo largo de toda la vida. Los bebés empiezan muy pronto a percibir sus sensaciones y deseos como un elemento propio y diferenciado del mundo externo. Igualmente se percatan de su capacidad para producir cambios en este mundo físico e influir en las personas y, aproximadamente, al cabo de un año

son capaces de reconocer que la imagen que les presenta el espejo es la suya.

Segundo, la formación de la identidad en la adolescencia será un hito que se tardará un tiempo en alcanzar, ya que implica hacer elecciones sobre cuestiones fundamentales. Deberíamos recapacitar sobre el ritmo de nuestra sociedad y la necesidad de mantener un ritmo pausado en el desarrollo de los procesos psicológicos, con la finalidad de no concebir expectativas irreales sobre la velocidad de algunos cambios en los adolescentes.

Tercero, el desarrollo de la identidad comporta así la elección de: un conjunto de valores y creencias (aspecto ideológico); un conjunto de hitos educativos y profesionales (aspecto ocupacional), y una orientación de género que influye en los modelos de relación entre mujeres y hombres (aspecto interpersonal).

Cuarto, la construcción de una identidad no se apoya sólo sobre el individuo, sino que se verá afectada por su red de relaciones familiares, de amistad, por su entorno educativo y cultural.

Y quinto, la crisis de identidad adolescente no es sinónimo de patología. Sin embargo, comporta un período de desequilibrio momentáneo en el que tiene cabida la inseguridad, el miedo y la ansiedad.

¿Quién soy yo?

Cuando hablamos de autoconcepto y autoestima nos referimos al conjunto de percepciones que tenemos y a las evaluaciones que hacemos sobre nosotros mismos.

Estas descripciones de uno mismo pueden ser de tipo general –autoconcepto general– o estar relacionadas con nuestra actuación en áreas o contextos específicos –autoconceptos

académico, social, físico, afectivo. En el apartado dedicado al desarrollo intelectual, hemos hablado de la capacidad adolescente de crear teorías. El autoconcepto se podría entender como una teoría sobre un mismo. En la adolescencia el autoconcepto varía en cuatro aspectos fundamentales.

Primero, se produce un aumento de la introspección, la reflexión consciente sobre uno mismo, relacionada con las nuevas capacidades intelectuales.

Segundo, en comparación con edades anteriores, la definición de uno mismo se concentra en mayor medida en los aspectos interiores de la persona. Eso significa que en la infancia se incluyen en la definición fundamentalmente aspectos físicos o de comportamiento y, en la adolescencia, características de personalidad, sentimientos, creencias políticas, valores personales, ubicación en los grupos sociales.

Tercero, se produce una toma de conciencia de la multiplicidad de aspectos que integran nuestro yo, y de la posible existencia de conflictos. Así, el adolescente percibe que puede actuar de manera diferente según el medio en que se encuentre y como la adopción de estos papeles diferentes puede resultar incoherente o contradictoria.

Y cuarto, el adolescente, de la misma forma que genera diversas posibilidades sobre las causas de un fenómeno físico, también recapacita sobre diferentes maneras posibles de ser o comportarse y dibuja un yo ideal. Este aspecto implica una proyección personal hacia el futuro, que no se produce en períodos anteriores.

Estos avances no se producen simultáneamente al empezar la adolescencia sino que aparecen conforme transcurre el período. Así, la conciencia de la contradicción entre los diferentes papeles será más común en la adolescencia media, mientras que, en la adolescencia tardía, asistiríamos a la integración de estas diversas maneras de pensar y actuar en una

personalidad coherente con sus adaptaciones a situaciones específicas.

Las percepciones y evaluaciones de nosotros mismos reciben el nombre de autoestima. La evaluación de quién somos o cómo actuamos puede ser más o menos positiva o negativa y así hablamos de autoestima negativa o baja, o bien de autoestima positiva o alta.

Por lo que respecta a las fluctuaciones en la autoestima, diferentes estudios indican que la autoestima se mantiene estable durante el transcurso de la adolescencia, aunque esta estabilidad no se produce en todo el mundo. Hay un aspecto que parece influir en este probable cambio en el nivel de autoestima: el género. Así, se ha encontrado que, una vez iniciados los cambios puberales, la autoestima de los chicos es más elevada y aumenta conforme progresan hacia la edad adulta, mientras que la autoestima de las chicas es menor y disminuye a lo largo de la adolescencia.

Los diferentes estatus de identidad

La identidad se basa en la vivencia de llegar a ser personas dotadas de coherencia, diferenciadas del resto y con continuidad a lo largo del tiempo. En la adolescencia, la consecución de una identidad definida y propia depende de sentir una continuidad progresiva entre aquello que el adolescente ha sido durante los largos años de la infancia y lo que promete ser en el futuro, entre lo que piensa que es y lo que percibe que los otros ven en él y esperan de él.

De acuerdo con Erikson, los jóvenes deben enfrentarse a cambios internos de tipo biológico y cognitivo y compaginarlos con nuevas relaciones sociales y las demandas poco claras que reciben de la sociedad adulta. Algunos adolescentes no logran formar un concepto de ellos mismos que encaje

de manera realista con sus características personales y con el medio donde viven.

En tal caso, podemos afirmar que el adolescente se encuentra en un momento de difusión de la identidad.

Las consecuencias de un estatus difuso

Un sentimiento de aislamiento. No logra establecer relaciones íntimas y desea distanciarse de los otros como una forma de combatir el miedo a perder su identidad.

La pérdida de la perspectiva temporal. Teme el cambio y se resiste a planificar el futuro, hecho que desemboca o bien en una parálisis absoluta o en la búsqueda de acciones inmediatas.

La incapacidad de aprender. Muestra una escasa concentración en el estudio o en el trabajo o bien se centra exclusivamente en una actividad.

Una identidad negativa. Rechaza los valores transmitidos hasta este momento por su familia o por su entorno social.

Después de la obra de Erikson, J. Marcia, en su intento de huir de la dicotomía propuesta por Erikson y aportar datos normativos basados en investigaciones empíricas ante el uso exclusivo por parte de Erikson de la experiencia clínica, definió cuatro tipos de categorías que integran las ya descritas por Erikson en relación con la consecución o difusión de la identidad. Las categorías descritas para Marcia surgen de la consideración de dos aspectos: si los adolescentes han experimentado un período de crisis o exploración, dedicado a recapacitar sobre opciones vitales pasadas y futuras, y si han establecido algún compromiso con una opción determinada.

Las categorías de difusión y de consecución de la identidad se definen por la ausencia o presencia conjunta de los dos aspectos. Así, en la difusión, ni se ha experimentado la crisis ni se ha establecido ningún compromiso; una identidad

alcanzada implica, por el contrario, haber deliberado sobre las opciones y haber hecho una elección. Marcia añade una categoría de identidad hipotecada –los adolescentes no se han planteado opciones, pero han tomado decisiones basadas en las elecciones de otras personas significativas para ellos– y una categoría de moratoria o aplazamiento –los adolescentes están experimentando una crisis y aún no han establecido un compromiso firme con ningún opción.

Aunque estas cuatro categorías tratan de reflejar el proceso de construcción de la identidad en la adolescencia, sabemos que en este período son más comunes la difusión de la identidad y la identidad hipotecada, mientras que en la juventud se avanzaría hacia la moratoria y la consecución de identidad, aunque continúe habiendo un porcentaje importante de personas en el estadio de identidad hipotecada.

Estas diferentes categorías de identidad se asocian con aspectos de la personalidad. Así, tanto las personas con difusión de identidad, como con una identidad hipotecada logran niveles de razonamiento moral inferiores a los que se encuentran en fase de moratoria o consecución de identidad. En el mismo sentido, la dependencia está más relacionada con las dos primeras categorías y la autonomía con las dos últimas.

Estos varios estilos o momentos en la construcción de la identidad tienen un significado diferente según las diferencias culturales o de género.

En las mujeres, una identidad alcanzada implica competencia, aserción y anticonvencionalidad; una mujer con identidad hipotecada puede sentirse bien en el ámbito doméstico y no fuera del hogar. La correspondencia entre el estereotipo tradicional femenino y la identidad hipotecada explica que, para las mujeres, sea tan positivo tener una identidad hipotecada como alcanzada, y que tener una identidad en moratoria o

alcanzada signifique una gran carga de ansiedad relacionada con el miedo al éxito.

Por lo que respecta a las diferencias culturales, podríamos preguntarnos qué sentido tiene hablar de opciones o elecciones vitales en sociedades muy tradicionales.

Podríamos así considerar la posibilidad de que la ligereza del tránsito adolescente, encontrada por Mead en Samoa y por otros autores en culturas con ritos de paso, se debe en parte a la ausencia de opciones y a la existencia de caminos vitales ya trazados por el grupo y que los adolescentes deben seguir.

Un problema diferente por lo que respecta a la construcción de la identidad se plantea en los grupos étnicos minoritarios. Los jóvenes de ambos sexos que pertenecen a estos grupos deben elaborar una identidad étnica que también forma parte de su identidad individual. Phinney ha elaborado un modelo de estadios: siguiendo la clasificación de Marcia, en el primer estadio, adolescencia temprana, los adolescentes o bien no se interesan por la cuestión étnica o manifiestan preferencias hacia el grupo dominante; en un segundo estadio, similar a la moratoria, exploran sus referentes étnicos, cosa que puede llevarles a un rechazo de la cultura dominante; finalmente, como resultado del proceso anterior, comprenden y aprecian mejor los aspectos de su cultura y llegan al nivel de identidad alcanzada.

Los papeles sexuales

Una de las dimensiones fundamentales de la definición de las personas es el género: ser hombre o mujer. Por identidad de género, entendemos el resultado de un proceso evolutivo por el que se interiorizan las expectativas y normas sociales relativas al dimorfismo sexual y que hace referencia al sentido psicológico del individuo de ser hombre o mujer con los com-

portamientos sociales y psicológicos que la sociedad designa como masculinos o femeninos.

El desarrollo de la identidad de género, como proceso personal y grupal, se inicia en el nacimiento y podríamos decir que continúa durante toda la vida.

La adolescencia surge en un momento crucial ya que, en su seno, se produce una reelaboración de la definición por lo que respecta al género, unido al proceso de desarrollo de la identidad personal. ¿Cuáles serían en una población joven español los atributos que identifican hombres y mujeres? El trabajo de Ortega y otros con adolescentes y jóvenes entre 15 y 25 años muestra que esta población señala, a la hora de definirse, características poco unidas al sexo. Las diferencias entre géneros se encuentran en la correspondencia entre estas características y los estereotipos masculinos y femeninos. Así, la fuerza física está más ligada al hombre, mientras que la buena presencia afecta a los hombres y las mujeres. Curiosamente, por lo que respecta a la inteligencia, ellas los superan. A partir de estos datos, se establecieron tres tipologías que implican tipos de estereotipos sobre el género. En cada una de estas se incluyen chicos y chicas de diferentes edades. Las tres tipologías son estas.

Tradicional masculino

- 18% de la juventud: 73% de hombres, 27% de mujeres.
- 44% hasta 18 años; 26% de 19^a a 21 años; 29,4% de 22^a a 25 años.
- La mujer tiene diferente naturaleza que el hombre.
- La inteligencia, característica poco importante, se desarrolla más en los hombres.
- Los hombres son más seguros, más maduros y comprensivos.
- Las mujeres son egoístas y ambiciosas.
- A los hombres les gustan más las relaciones sociales.
- La seducción y coquetear son actitudes típicas de las mujeres.

Igualitario

- 36,5% de la juventud: 61% de las mujeres, 39% de hombres.
- 34,1% hasta 18 años; 25,3% de 19^a a 21 años; 40,6% de 22^a a 25 años.
- La buena presencia es un atributo de hombres y mujeres.
- La inteligencia, característica valiosa, se da igual en hombres y mujeres.
- Los hombres son comprensivos, sensibles y maduros.
- A los hombres y las mujeres les gustan las relaciones sociales.
- La seducción y coquetear no son actitudes típicas de las mujeres.

Pragmático acomodativo

- 44,7% de la juventud: 51,2% de las mujeres, 48,8% de hombres.
- 38,2% hasta 18 años; 27,7% de 19^a a 21 años; 34,1% de 22^a a 25 años.
- La buena presencia, aunque se da más en las mujeres, también es propia de los hombres.
- La inteligencia, característica valiosa, se da tanto en hombres como mujeres.
- Las mujeres son seguras, comprensivas y maduras; estos atributos deben ser asumidos por los hombres.
- El gusto por las relaciones sociales es más propio de las mujeres.
- La seducción y el coqueteo son características específicas de las mujeres.
- Los hombres son arrogantes, ambiciosos, egoístas.

Este estudio da lugar a diversas reflexiones.

En primer lugar, se observa un retroceso de los estereotipos más tradicionales y la emergencia de estereotipos con prejuicios, pero que introducen cambios adaptados a los tiempos actuales, como el llamado pragmático. En segundo lugar, los chicos representan el porcentaje más alto en el estereotipo tradicional masculino y las chicas en el estereotipo igualitario. Por lo que respecta a la edad, hay más adolescentes en el estereotipo tradicional y jóvenes más mayores en el estereotipo igualitario.

Este hecho puede interpretarse en relación con la influencia de momentos históricos y las diferentes socializaciones o como un aspecto evolutivo en el sentido de menos conocimiento y más rigidez.

La investigación mencionada se llevó a cabo hace ya unos años. Sin embargo, datos recientes indican que los estereotipos sexuales continúan siendo vigentes aunque cambie su naturaleza.

Las definiciones de la naturaleza de hombres y mujeres se transmiten desde la socialización más temprana y se manifiestan en los ámbitos familiares, en las relaciones entre compañeros y en los entornos educativos.

El trabajo de M. Rovira de 2001, llevado a cabo con estudiantes de secundaria en Cataluña, se propuso averiguar la influencia que ejercen las diferencias de género y clase social en la escuela a partir de tres aspectos: agresividad en las relaciones, existencia de espacios segregados y percepción del sexismo.

Por lo que respecta a la agresividad, esta parece manifestarse de manera diferente en los chicos que en las chicas: la agresividad directa o física es más frecuente en los chicos, fundamentalmente de clase obrera, y la agresividad indirecta (verbal, exclusión) se produce más a menudo en las chicas. Además, los chicos agreden a chicos y chicas, mientras que las chicas raramente agreden a los chicos.

El espacio también está marcado por el género: chicos y chicas se sientan por separado y, sobre todo, utilizan diferencialmente el patio, ya que ellos juegan al fútbol mientras que ellas los observan. El sexismo es más percibido por las adolescentes que por sus compañeros, y más entre los chicos de clase media que entre los de clase obrera, aunque todos han integrado prejuicios sexistas en su discurso sobre los hombres y las mujeres.

El desarrollo moral

La adopción de un conjunto de valores y una ética que guíe la conducta constituye una de las tareas que deben hacer los adolescentes. Estos valores y creencias se relacionan con las otras personas, la política, la sociedad y con los hitos que nos proponemos lograr a lo largo de nuestra vida.

Por lo que respecta al desarrollo moral, hay que recordar para empezar que en esta etapa el adolescente pasa a considerarse igual al adulto y le juzga en un nivel de igualdad y reciprocidad. Este comportamiento se corresponde con el que Piaget en 1932 había denominado anteriormente moral autónoma frente a la moral heterónoma de la infancia, guiada por el respeto y la obediencia a los adultos.

Kohlberg, claramente influido por la obra piagetiana, ha descrito un conjunto de estadios que intentan captar la evolución lógica y al mismo tiempo la evolución de la percepción social, es decir, la capacidad de ponerse en el punto de vista de los otros y comprender sus pensamientos y sentimientos.

Los seis estadios del desarrollo moral de Kohlberg se agrupan en tres niveles, denominados: pre convencional (estadios 1-2), convencional (estadios 3-4) y pos convencional (5-6). En general, en el estadio preconvencional, las reglas y las expectativas sociales son externas al yo, los individuos actúan movidos por la intención de evitar los castigos y obedecer acríticamente la autoridad. En el estadio convencional, el yo se identifica con las reglas y las expectativas de los otros o las interioriza. Finalmente, en el estadio posconvencional, los valores se definen según los principios escogidos por la misma persona, sin presión de la autoridad o las reglas.

Los adolescentes se situarían mayoritariamente en el segundo nivel, aunque algunos pueden encontrarse en el primero o en el último. Este hecho resulta importante ya que impli-

ca que la mayoría de los jóvenes muestran principios morales que dependen del punto de vista de otras personas, es decir, actúan teniendo en cuenta su beneficio propio (estadio 3) o, en un gran porcentaje, la aprobación de los otros (estadio 4), especialmente del grupo de compañeros.

Sin embargo, no debemos olvidar que una misma persona puede elaborar razonamientos morales clasificables en diferentes estadios y niveles, y que en adolescentes de más de dieciséis años las investigaciones encuentran juicios que mezclan características de los estadios 4 y 5 (final del estadio convencional e inicio del estadio pos convencional).

La propuesta de Kohlberg ha recibido diversas críticas por lo que respecta a las posibilidades de aplicación a diferentes grupos y contextos. Así, se le ha reprochado una definición de sus estadios morales que favorecería a los hombres frente a las mujeres. En este sentido, Gilligan censura la teoría de Kohlberg por el hecho de proponer una ética hegemónica basada en una lógica abstracta que se compatibiliza muy bien con una manera de razonar “masculina”, mientras que no da cabida a una ética más próxima al discurso “femenino”, vinculado a cuidado de las relaciones personales.

Esta visión de Kohlberg, además de silenciar una manera de razonar, coloca a las jóvenes en grados de razonamiento inferiores. Estas críticas sobre los rendimientos inferiores de las chicas en las escalas de Kohlberg y las dos maneras de razonar éticamente no han contado con la ratificación de algunas investigaciones posteriores.

Sin embargo, han tenido el valor de señalar las posibles limitaciones de los modelos teóricos que tienden a generalizarse en toda la población con independencia de los contextos. Así, a Kohlberg también se le ha criticado el hecho de obviar la existencia de un reparto desigual del poder o elegir como valores universales los típicos de la sociedad norteamericana.

¿Cuáles serían los valores y la posición ideológica de nuestros adolescentes y jóvenes? Varios autores señalan una nota distintiva de los valores de nuestros jóvenes actuales: el individualismo, la necesidad de ser libres para hacer lo que desean sin perjuicio de los otros. Nuestros adolescentes, por otro lado, aceptan el pluralismo, mantienen una actitud pacifista y antimilitarista, y una concepción utilitarista del trabajo.

El estudio más reciente del INJ de 2004, nos habla de los ámbitos a los que concede valor la juventud de nuestro país. Como sus compañeros europeos, atribuyen importancia, en este orden, a las relaciones familiares, los amigos, al tiempo libre y al trabajo. La política y la religión ocupan los lugares inferiores en su baremo. Este último dato pone de relieve no tanto el rechazo de estas actividades sino su indiferencia por lo que respecta a las organizaciones políticas y religiosas. Eso les lleva a colaborar con otro tipo de asociaciones aunque su contribución sea esporádica.

En el espectro ideológico, los jóvenes se definen, mayoritariamente, de centro izquierda y la ubicación ideológica los correlaciona con la adscripción religiosa: de centro, más católicos no practicantes; más a la derecha, más católicos; más a la izquierda, más agnósticos.

Nos llama la atención la proporción de jóvenes que no saben donde situarse ideológicamente —un 30 por ciento— y su escasa cultura política en un momento en el que la información de la que disponen no es exactamente escasa.

Nuestros jóvenes están muy arraigados a su lugar de origen y son poco proclives a la movilidad. Se muestran tolerantes y solidarios, aunque se da la formación de bolsas de intolerancia frente de los extranjeros en los grupos más jóvenes e inmaduros y también más afectados por la inmigración.

La escuela y la consecución de la identidad

Las instituciones educativas cumplen un papel fundamental en la adquisición de conocimientos y en el desarrollo intelectual general. La escuela influye de manera destacada en el desarrollo personal de los estudiantes. La escuela debería prestar atención a cuatro aspectos centrales relacionados con este desarrollo personal: atención a las necesidades evolutivas, adaptaciones a las metas de los adolescentes, desarrollo de la autoestima y la identidad individual y desarrollo de pautas de socialización.

En relación con el primer aspecto, en la enseñanza secundaria puede producirse un desequilibrio entre los objetivos más académicos y los objetivos de formación integral de los estudiantes. Los adolescentes, a pesar de su madurez física, continúan siendo personas en proceso de desarrollo y necesitadas de formación en varios aspectos personales.

En segundo lugar, la escuela es un contexto social y, en este marco de interacción, los adolescentes se marcan unos objetivos. El conocimiento de estas metas relevantes para los adolescentes puede considerarse un dato, entre otros, a la hora de evaluar en qué medida el desarrollo del adolescente y las prácticas educativas se desarrollan de manera coherente en beneficio del desarrollo personal de aquel.

Las consecuciones autoasertivas se refieren al yo y suponen, fundamentalmente, lograr una definición de la identidad propia mediante el desarrollo de patrones de funcionamiento que no dependan del criterio aislado de otros individuos y permitan mantener el control sobre los aspectos importantes de la vida. La satisfacción de esta necesidad básica de controlar la vida propia es la que permite a cualquier persona mantener un sentido de valor e identidad. Cuanto más autoeficaces se sientan los adolescentes, cuanto más confíen en que pueden

influir en el futuro, más altas serán las metas que se propondrán y mayor su compromiso con estas. De este sentimiento dependerá el esfuerzo dedicado a una tarea y la persistencia ante los obstáculos.

En tercer lugar, las consecuciones de tareas significan influir en el desarrollo de las actividades y evitar circunstancias de peligro. El cumplimiento de estas finalidades se encuentra estrechamente relacionado con este tercer aspecto, el desarrollo de la autoestima y la identidad. Por lo tanto, en el marco escolar, dentro de las tareas de orientación en secundaria y en las diferentes materias, podríamos utilizar vías semejantes para su promoción.

Estas vías son las siguientes: dar la posibilidad de establecer una vinculación afectiva; incluir en el plan de estudios actividades que permitan a los adolescentes conocerse mejor a ellos mismos y como grupo; proporcionar oportunidades de manifestarse como personas únicas y ser tratadas como tal; diseñar actividades que desarrollen su autonomía y responsabilidad y que permitan la posibilidad de elegir entre diferentes opciones, y trabajar una autoestima positiva individual y grupal al proponer tareas adaptadas a sus capacidades, sobre las cuales puedan ejercer un cierto control y eliminar críticas destructivas.

Por lo que respecta al cuarto aspecto, desarrollo de pautas de socialización, algunos autores han alertado sobre un aprendizaje insuficiente o ausente en las escuelas de modos de vida social colectivas.

Lograr que los jóvenes aprendan a conocerse, a hablarse, a escucharse, a intercambiar puntos de vista diferentes, obtendría réditos importantes.

La tarea educativa se desarrolla en un contexto muy complejo: con personas en proceso de cambio, en entornos familiares, sociales y culturales no siempre propicios para la es-

cuela. Los adolescentes necesitan ayuda y medios, como sus profesores.

EL MUNDO SOCIAL

La forja de una nueva identidad se encuentra muy ligada a la ampliación y modificación de los contextos en que se mueven los adolescentes. El estiramiento no sólo se produce en el terreno físico sino también en el social. Los deseos que los progenitores respeten su intimidad, el aumento de las llamadas telefónicas y los mensajes de móvil, las primeras citas y festejos, la importancia del equipo deportivo o el inicio del consumo de alcohol y tabaco marcan esta etapa.

Las relaciones familiares

Una de las condiciones para llegar a ser adulto consiste en ser autónomos ante los progenitores. La perspectiva psicoanalítica enfatizó que, por lo tanto, debía darse en esta etapa una ruptura, una desvinculación afectiva de los padres. A pesar de lo cual, la investigación actual no avala ésta tesis. Más bien la autonomía emocional y la desvinculación serían conceptos diferentes, ya que la autonomía implica individuación pero no el rechazo de las figuras familiares. El concepto de desvinculación ha sido sustituido por las nociones de interdependencia o conexión que subrayan cómo los jóvenes avanzan hacia su definición sin romper los lazos familiares.

De hecho, sabemos que los padres, en concreto la madre, continúa ocupando un papel privilegiado entre las figuras de

afecto de los adolescentes. En una investigación realizada por López el 1993, encontró que un 62 por cien de los adolescentes menores de 15 años tienen la madre como figura central de afecto, y un 5 por cien el padre o un amigo. Entre los 15 y 20 años, las cifras cambian. Sin embargo, el 40 por cien de estos adolescentes y jóvenes colocan la madre como figura central de inclinación.

La diferencia fundamental es que en un 32 por cien de los casos los amigos ocupan la figura central.

Los datos de la investigación mencionada confirman, por una parte, el papel preeminente de la madre como fuente de apoyo afectivo y, de la otra, las transformaciones que se producen a lo largo del período.

Las nuevas capacidades de reflexión hacen posible que aquello que los padres representan para los niños sea muy diferente de lo que significan cuando estos crecen y caminan hacia la madurez. Al principio, los niños ven a los progenitores como personajes sabios y omnipotentes, de cuya protección dependen, y que merecen su obediencia y respeto. En la adolescencia esta visión cambia: el padre y la madre son examinados tanto personalmente como por la función de autoridad que tienen.

Esta transformación de las relaciones entre los adolescentes y sus padres está marcada por la ambivalencia. De acuerdo con López, esta ambivalencia tiene múltiples manifestaciones: en algunos momentos los adolescentes parecen no necesitar a los progenitores, mientras que en otros los necesitan tanto como cuando eran niños; pueden confiar incondicionalmente en sus progenitores y, al mismo tiempo, distanciarse cada vez más de ellos; en unas situaciones las relaciones pueden ser armoniosas y positivas, y en otros, conflictivas, y finalmente, pueden sentir hacia los progenitores afectos contradictorios: aceptación y rechazo, orgullo y vergüenza, amor y odio.

Las conductas o sentimientos ambivalentes no constituyen patrimonio exclusivo de los hijos adolescentes. Así, puede haber progenitores que animen los hijos a asumir responsabilidades, al mismo tiempo que los acompañan en el largo camino hacia la autonomía.

Junto a eso, podemos encontrar formas de conducta en los progenitores que manifiestan intolerancia hacia la inmadurez de los adolescentes o, por contra, exhiben una actitud excesivamente protectora, motivada o bien por el miedo a los problemas que pueda encontrar el hijo, o bien por el temor a quedarse solos en un momento determinado de la vida.

Todo eso pone de manifiesto la inseguridad que crea la transición de ser padres de niños a ser padres de adolescentes y la necesidad de recapacitar sobre qué nuevas demandas suponen los cambios en los hijos. En esta tarea los padres y madres reciben una ayuda escasa. Este déficit lo palia la publicación de un buen número de obras divulgativas sobre como afrontar la gravosa tarea de la maternidad y la paternidad de adolescentes.

En relación con los estilos de educación paterna y la consecución de la independencia, se han realizado varios estudios, donde aparecen dos dimensiones que estructuran los tipos de comportamiento de los padres y las madres hacia los hijos: el apoyo afectivo y el control.

La combinación de estas dos dimensiones da ocasión a cuatro tipologías: los progenitores con autoridad que proporcionan apoyo y control; los progenitores autoritarios que se centran solo en el control; los indulgentes que ofrecen apoyo sin control, y los negligentes, que no dan ni apoyo ni control.

En un trabajo de Lamborn se preguntó a una amplísima muestra de adolescentes sobre la actuación de sus padres tomando como referencia estas dos dimensiones. Los resultados apuntan a un predominio de los dos estilos opuestos: progeni-

tores con autoridad y progenitores negligentes (32 por cien y 38 por cien, respectivamente).

Estos hallazgos están sujetos a variaciones que dependen de las características personales de cada adolescente o de otros factores, por ejemplo, la coherencia entre las prácticas del padre y de la madre o el entorno. Rechazamos además la posible noción de culpa que podría desprenderse de estas relaciones.

Sin embargo, resultan útiles en tanto en cuanto muestran una dirección: la consecución de la autonomía por parte de los adolescentes está unida a la existencia en la familia de normas claras, coherentes, negociadas en la medida del posible y susceptibles de modificarse de acuerdo con la edad de los hijos.

Las familias en que los hijos y los padres interactúan democráticamente y están unidas por fuertes lazos afectivos que posibilitan la comunicación son las que se encuentran en mejor posición para ayudar a los adolescentes a progresar en la tarea de formación de la identidad. En cambio, cuando los adolescentes carecen de posibilidades de expresarse o de poseer una mínima independencia (familias autoritarias), o bien no cuentan ni con el afecto ni con el control de sus padres, aumenta la posibilidad de tener problemas a la hora de llegar a su identidad.

En último lugar, en relación con las cuestiones familiares, hay que mencionar un aspecto relacionado con los conflictos entre padres e hijos. En contra de la opinión no experta, en general, no se encuentra un nivel alto de conflictividad en la mayoría de los casos. Por lo que respecta a la evolución de los problemas, los estudios señalan un patrón que consiste en una disminución en el número de conflictos si se compara la adolescencia temprano con la adolescencia media y tardía.

Por otro lado, aunque disminuya el número de conflictos, el tono afectivo negativo parece que aumenta conforme avan-

za este período. La naturaleza de los problemas tiene que ver con la convivencia diaria (horas de llegada, ayuda en el trabajo doméstico) y los estudios. Algunos trabajos han detectado diferencias entre conflictos con padres y con madres y también entre las visiones o los problemas que recaen en hijos o hijas.

Por lo que respecta a los valores, resultaría lógico pensar que los adolescentes, en la búsqueda de su definición, crean valores diferentes a los adultos y, a veces, rechazan totalmente los de estos. Sin embargo, este abismo generacional no se da actualmente.

Estudios recientes señalan la existencia de este abismo en los años sesenta; pero constatan que este se reduce en los setenta y casi llega a desaparecer en los ochenta. En nuestro país, el informe *Juventud a España 2004* señala la presencia de nuevos modelos de relación entre generaciones en los que se aceptan los espacios propios y la vida de cada generación. Los padres, con las inseguridades antes mencionadas, han optado por la negación de las formas autoritarias.

Los amigos

Los niños tienen como horizonte social privilegiado la familia; en el adolescente, la situación se modifica y su vida social pasa a centrarse en los amigos o el grupo. De esta manera, los jóvenes empiezan a salir solos con sus amigos al cine, bares, discotecas o espectáculos deportivos. En el mundo socio afectivo del adolescente predomina el interés por hacer nuevas amistades, sentirse bien en el grupo de compañeros y, por supuesto, aprender a relacionarse íntimamente con individuos del sexo opuesto o del mismo sexo.

En la adolescencia no solo cambia la importancia asignada a las diversas relaciones sociales, sino también el sentido de la amistad y la conformación de los grupos. En general, lo que

los niños esperan de los otros, en concreto de sus padres, es seguridad. En contraste, los adolescentes se mostrarán más preocupados por lograr relaciones basadas en la intimidad y la búsqueda de soluciones comunes a los problemas que encuentran en este período.

La noción de amistad también se transforma durante la adolescencia. Así, Douvan y Adelson han descrito los diferentes significados que tiene esta relación durante sus tres fases. En la fase temprana (de 11-12 a 13 años), la amistad aparece centrada en la actividad más que en la interacción en ella misma. Los amigos son personas con las cuales se pueden hacer cosas, pero no aparecen las nociones de intensidad, reciprocidad, ni un sentimiento propio de la relación de amistad.

En la fase intermedia (14-16 años), nos encontramos con la “explosión” del sentimiento de amistad. Un amigo se caracteriza por la lealtad y la confianza, alguien con quien poder hablar con sinceridad de los problemas y de quien se puede recibir apoyo y consejo. En el último período de la adolescencia (a partir de los 17 años), continúa siendo importante compartir las confidencias, pero la forma de vivir la amistad es más relajada, sin la obsesión de ser abandonados o traicionados. Eso se relaciona con el mayor grado de independencia de los jóvenes junto al establecimiento de relaciones de pareja.

Las transformaciones anteriores en el concepto de relación amistosa generan una organización diferente de los grupos de las edades. Dunphy, en un estudio clásico con adolescentes australianos entre 13 y 21 años, encontró una pauta evolutiva de cinco estadios: en el primer estadio, hay grupos aislados de un solo sexo.

En un segundo estadio, los grupos de chicos o chicas interactúan. A continuación, en el tercer estadio, los miembros

con un nivel superior forman grupos heterosexuales. El cuarto estadio comporta la asociación entre grupos heterosexuales. Y, en las edades superiores, empiezan a disgregarse los grupos para pasar a las relaciones de pareja y a los grupos de parejas asociados libremente.

La relación con los amigos, independientemente de la forma que adopte, cumple una función importante de apoyo psicológico. Proporciona la seguridad que antes provenía del entorno familiar, afecto, empatía, una definición social y modelos de actuación. La falta de amigos puede generar sentimientos de soledad, tensión y baja autoestima.

La interacción con los iguales beneficia el desarrollo personal y social en los dos aspectos siguientes. Primero, por lo que respecta al desarrollo intelectual, la adopción de la perspectiva del otro y la necesidad de solucionar los conflictos hace avanzar el desarrollo intelectual, contribuye al conocimiento de uno mismo y de los otros, al aprendizaje de estrategias de interacción social y a la autonomía moral. Y segundo, por lo que respecta al desarrollo social, promueve el desarrollo de competencias sociales, estimula la autorregulación de la conducta, socializa la agresividad y coopera en la transmisión de las normas culturales.

La vida en grupo no sólo implica a aportaciones positivas. Los adolescentes también sufren presiones por parte de sus coetáneos. Estas presiones se ejercen sobre varios aspectos de su vida: actividades sociales, comportamientos desadaptados, conformidad, actividades escolares, asuntos familiares.

Las posibilidades de resistir las presiones grupales, en referencia a conductos negativos como la drogadicción o la pequeña delincuencia, parecen depender de las relaciones establecidas anteriormente en la familia y de las características individuales del adolescente.

El peligro reside en la aceptación acrítica de las normas grupales, y este riesgo es más real en la adolescencia temprana (hasta los 14 años), en adolescentes con escasa supervisión paterna y dificultad en las relaciones familiares y en adolescentes confusos con respecto a su identidad. Hay ejemplos históricos de grupos de jóvenes que sirven los intereses del poder adulto marcados por el totalitarismo de su época –grupos nazis o fascistas– y, en la actualidad, nos encontramos con fanáticos de una ideología, de un equipo deportivo o grupos xenófobos.

La imagen de la familia y los compañeros como mundos sociales separados para los adolescentes está siendo rápidamente reemplazada por la toma de conciencia de importantes nexos entre ellos. Un primer hecho congruente con las afirmaciones anteriores es que los adolescentes parecen seguir los consejos de padres o amigos en función de la cuestión de que se trate. Así, hay datos sobre la mayor probabilidad de que los adolescentes escuchen a sus padres en relación con cuestiones de moral, planes educativos y profesionales, mientras que atienden preferentemente a sus amigos cuando se trata de elegir otros compañeros, asumir las relaciones de grupo o dedicarse a diferentes actividades en el tiempo de ocio.

Los problemas de los adolescentes

Muchos adolescentes van adaptándose poco a poco a los cambios internos y externos sin que surjan problemas graves. En otros casos, se encuentra un panorama diferente. Los problemas adolescentes más estudiados, que coinciden con los que más preocupan los adultos, han sido las denominadas conductas de riesgo, como el consumo de drogas y el comportamiento antisocial. Sin embargo, los problemas que preocupan fundamentalmente a los adolescentes –sexualidad,

imagen corporal, dificultades emocionales— han recibido algo menos de atención.

Aquí empezaremos por hablar de la adolescencia como etapa de vulnerabilidad para pasar después a tratar la salud mental y las conductas de riesgo.

Una etapa problemática

El padre de la psicología de la adolescencia, Stanley Hall, nombró a este período “Tempestad y tensión”. Esta caracterización tiene profundas raíces históricas. El filósofo Jean Jacques Rousseau, en su clásica obra de 1762 *Emilio, o de la educación*, nos brindaba esta poética imagen de la adolescencia: “De la misma forma que el bramido del mar precede desde lejos la tempestad, esta atormentante revolución se anuncia mediante el murmullo de las pasiones que nacen: una sorda fermentación advierte de la proximidad del peligro. Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación de espíritu, hacen al niño casi indisciplinable. Se vuelve sordo a la voz que lo hacía dócil: es un león enfurecido, desconoce su guía, ya no quiere ser gobernado.” El psicoanálisis clásico ha contribuido a la pervivencia de esta visión de la adolescencia como etapa de problemas psicológicos. Así A. Freud, autora del primera análisis sistemático de la adolescencia en la teoría psicoanalítica, hacía la siguiente afirmación: “La adolescencia constituye por definición una interrupción del plácido crecimiento que recuerda aparentemente varios problemas emocionales y trastornos estructurales. Ser normal durante la adolescencia es por sí mismo anormal”. En la base de estas alteraciones estaría la fuerza de las pulsiones, entendimientos como energía psicológica.

Las investigaciones posteriores han puesto en cuestión este carácter psicopatológico intrínseco de la adolescencia.

Según Coleman, la mayoría de los estudios realizados llegan a la conclusión de que sólo del 24 al 35 por cien de la población adolescente experimenta una crisis de identidad grave. Por el contrario, el desarrollo de la personalidad parece que consiste en un proceso lento y gradual de maduración sin grandes sustos. Igualmente, la proporción de trastornos psiquiátricos no parece superior en estas edades que durante la infancia y la edad adulta.

Alejar la vinculación entre adolescencia y psicopatología no significa olvidar que, en comparación con la infancia, en la adolescencia aumenta la probabilidad de sufrir algunas enfermedades mentales y que los adolescentes participan en un conjunto de conductas de riesgo –drogodependencia, sexo no seguro, abandono escolar, delincuencia– que pueden significar consecuencias para su vida futura. Y, además, esta probabilidad no disminuirá si la sociedad no pone los medios –erradicar la pobreza, mejorar la enseñanza, elaborar programas de prevención, ofrecer asesoramiento psicológico– para que sea así.

Antes de exponer los problemas más frecuentes, parece oportuno presentar algunas consideraciones generales sobre esta cuestión. En primer lugar, hay que distinguir entre dificultades transitorias y normativas, por una parte, y problemas psicológicos serios, de la otra. Así, una gran parte de adolescentes atraviesa momentos de ánimo deprimido, puede beber alcohol o fumar cigarrillos, pero una mínima proporción sufrirá una enfermedad depresiva o una adicción.

En segundo lugar, debe distinguirse entre los problemas con un origen y comienzo en la adolescencia y aquellos que hunden sus raíces en la infancia. Los primeros tienen un mejor pronóstico, ya que suelen desaparecer a medida que el adolescente madura; los segundos suelen desembocar en problemas

graves, teniendo en cuenta la persistencia de las condiciones desfavorables en que se ha criado la persona.

En tercer lugar, la conducta desadaptada nunca es una consecuencia directa de los cambios normativos de la adolescencia, sino del hecho que alguna cosa no funciona bien. Eso significa que no debe considerarse como una parte normal e ineludible del crecimiento, sino que hay que tomárselo seriamente e intentar detectar las causas.

Para acabar, parece que hay una correlación significativa, aunque no necesaria, entre los diversos tipo de problemas. Las explicaciones de la presencia de conductas desadaptadas son muy variadas: factores genéticos, sustratos neurobiológicos, relaciones familiares, contexto social. Desde nuestro punto de vista, siempre hay que acudir a modelos multi causales.

La salud

Si nos atenemos a las cifras relativas a enfermedades y mortalidad, los adolescentes gozan de buena salud. Sin embargo, este concepto de salud se debería ampliar para incluir todo aquello que contribuye a desarrollar una vida futura saludable y, de manera destacada, la salud mental.

En esta área, las cifras europeas de problemas psiquiátricos en adolescentes se mueven entre el 10 y el 20 por cien. Más allá de los cambios de humor característicos de estas edades, la ansiedad y la depresión son los problemas psicológicos más frecuentes en esta etapa. La ansiedad como sensación desagradable de desasosiego es una alarma efectiva pero como estado es negativa. El adolescente debe aprender a modularla. Su fuente son los cambios físicos y psicológicos a que se enfrenta el adolescente, sin olvidar la falta de apoyo social.

El trastorno depresivo incluye un estado de ánimo negativo acompañado de problemas somáticos, cognitivos y de

conducta. La prevalencia de la depresión se sitúa entre el 4 y 9 por cien en adolescentes de 12 a 18 años y va en aumento, según datos del Ministerio de Sanidad. No sólo es superior en la adolescencia que en la infancia, sino que al llegar a la adolescencia media (13-14 años) la sufren en una mayor proporción las chicas que los chicos, tal como ocurre en los adultos.

La presencia de síntomas depresivos graves puede significar más un factor de riesgo en relación con el suicidio, aunque estos síntomas no son suficientes ni necesarios para que este se produzca.

La idea de suicidio está presente en el 10 por ciento de la población escolar adolescente y en mayor proporción en las chicas que en los chicos. Estas últimas realizan más tentativas frustradas que los chicos. Igualmente las cifras de suicidios se elevan desde el comienzo de la adolescencia y disminuyen después de los 20 años. Resaltamos que el suicidio es la segunda causa de muerte a partir de los 14 años.

Los trastornos alimentarios –anorexia y bulimia– son otro ejemplo de problemas con mayor incidencia en la adolescencia y en las chicas.

Curiosamente, la anorexia nerviosa no es una enfermedad que haya surgido recientemente. Como documenta el médico J. San Sebastián, existe desde antiguo, con diferentes connotaciones entre las cuales destaca la religiosidad y el misticismo.

La anorexia puede considerarse una enfermedad femenina (la ratio hombre/mujer es 1/10) cuyo inicio se sitúa usualmente entre los 12 y 18 años. A pesar de ello, estos trastornos han aumentado tanto en chicas como en chicos (prevalece la anorexia entre un 2,5 y un 4 por ciento en grupos de riesgo y un 8 por ciento para la bulimia), y se extienden a edades cada vez más precoz. Sus causas no están suficientemente claras y se podrían deber a un conjunto de factores: insatisfacción con el peso, respuesta ante el estrés, negación de la madurez

sexual, influencias familiares, influencias genéticas. El conocimiento de las causas resulta crucial para desarrollar tareas de prevención.

En esta línea de protección frente al problema, recogemos cuatro condiciones necesarias para “librarse” de la anorexia: saber que existe y que constituye un claro riesgo en la adolescencia femenina, tener una actitud ideológica anti anoréxica, que implica un rechazo activo de todo aquello que quiere imponerse a las mujeres de hoy y una postura crítica hacia la comunicación de estas cuestiones; contar con una familia que se ocupe de la joven, y sentir el apoyo de unas amistades con capacidad de tener cuidado de ella.

Algunas especialistas han subrayado la necesidad de actuar a diferentes niveles: información sobre factores y conductas de riesgo e intervención en la industria dietética de la moda, en los medios de comunicación y en el ámbito familiar y educativo. Aluden a la necesidad de una educación igualitaria, una educación alimentaria, la promoción del deporte y la lectura, la información sobre las dietas, la revisión del culto a la escualidez en los medios de comunicación, el análisis de las modas, el fortalecimiento de la autoestima desde varios contextos familiares, escolares y sociales.

Apuntamos una nueva preocupación: la ONG Protégelos, en un Informe al Defensor del Menor de la Comunidad Autónoma de Madrid, ha alertado de la inclusión en las páginas de internet de apologías sobre la anorexia y la bulimia.

Las conductas de riesgo

Primero hay que definir el concepto de asunción de riesgo. Hay tres categorías de conductos de riesgo. Primero, las dirigidas en busca de emociones. La realizan adolescentes y adultos pero los adolescentes con mayor frecuencia y menor conciencia de sus limitaciones y del alcance del riesgo. Segun-

do, las controladas por la audiencia, es decir, aquellas que permiten alcanzar una posición social y la aceptación del grupo. Y tercero, las conductas irresponsables que llevan a cabo para alcanzar una meta sin conciencia de las consecuencias.

Todos los comportamientos humanos obedecen a una finalidad. Al hablar de desarrollo intelectual, hemos comentado los progresos de los jóvenes en relación con la toma de decisiones. ¿Qué pretenden entonces los adolescentes cuando se exponen a correr riesgos para su salud o participan en conductos antisociales? Últimamente, algunos autores han resaltado el aspecto constructivo de estas actividades de riesgo entendidas aquí como ocupaciones autorreguladoras que les ayudan a afrontar los cambios de esta etapa (con la condición que se den en períodos breves y sin olvidar que realmente suponen riesgos a veces ignorados por los adolescentes). En la misma dirección, Aceituna, haciéndose eco de varios estudios, comenta la necesidad de hablar de los riesgos más como una oportunidad para el crecimiento personal que como un problema. Nos alerta además de que la consideración de estas conductas como una amenaza social comporta el riesgo de etiquetar a los jóvenes como población peligrosa con la consiguiente difusión de un prejuicio negativo nada conveniente.

Dentro de la categoría de conductas de riesgo, el consumo de drogas –legales e ilegales– preocupa enormemente a la sociedad y contamos sobre eso con numerosos estudios sobre la población española procedentes de instituciones y publicaciones recientes.

Con la finalidad de ofrecer un panorama general sobre esta cuestión, utilizaremos los datos que ofrece la Encuesta estatal sobre el uso de drogas en la enseñanza secundaria (14-18 años), realizada por el Ministerio de Sanidad el 2004 por la

amplitud de su ámbito de aplicación y la actualidad de sus datos.

Las drogas más consumidas entre los adolescentes (14-18 años) son las legales: el alcohol y el tabaco. En los 30 días anteriores a la entrevista había consumido alcohol un 65 por cien y había fumado un 37. Las chicas fuman más que los chicos, aunque éstos empiezan a fumar antes y lo hacen más intensamente. La edad media de inicio del consumo de tabaco continúa siendo la más baja de todas las drogas. Entre las ilegales, el cannabis es la más extendida, un 36 por ciento lo ha consumido en el último año.

Entre 1994 y 2004, el consumo de cannabis se ha duplicado (del 18 al 36 por ciento) y el de cocaína se ha cuadruplicado (del 1,7 al 6,8 por ciento).

La edad de inicio depende de la sustancia. Los escolares empiezan a consumir drogas legales antes de que las ilegales. Empiezan a fumar alrededor de los 13 años y a consumir bebidas alcohólicas cerca de los 14. El consumo de cannabis suele empezar entre los 14 y los 15 y la cocaína cerca de los 16 años. Por lo que respecta al género, las chicas consumen más tabaco e hipnosedantes, el mismo porcentaje de alcohol y menos sustancias ilegales que los chicos.

Los autores del informe señalan que estos patrones de género, contra la opinión generalizada, no han cambiado en los últimos diez años. Podemos decir, además, que los estudiantes se sienten bien informados —mucho mejor que hace diez años—, opinan que la información les ha resultado útil, y perciben como drogas más peligrosas el consumo habitual de heroína o de cocaína y de menor riesgo, el hachís y la marihuana. Les resulta muy accesible el alcohol, después el cannabis y los hipnosedantes.

Los datos de nuestro país, según fuentes policiales, nos dicen que la delincuencia juvenil (entre 14 y 17 años) supone un

7 por ciento de la delincuencia total y la exhiben los chicos en una proporción muy superior que las chicas. Los delitos más comunes son el robo de objetos y a personas y el comercio de drogas.

No debemos olvidar que los jóvenes no hacen sólo el papel de agresores sino también el de víctimas, o bien de los adultos o bien de sus compañeros. Sobre el asedio escolar contamos en este momento con un estudio de ámbito nacional elaborado para el Informe del Defensor del Pueblo sobre violencia escolar en el que se exploró la incidencia de este tipo de violencia en la educación secundaria (12-16 años). Los resultados muestran una mayor incidencia de agresiones que se manifiestan como exclusión social y agresión verbal.

La variación debido al género y el curso depende del tipo de agresión y del papel como víctima o agresor. En general los chicos están más implicados, excepto en agresiones indirectas. Hay más incidencia en el primer ciclo de educación secundaria con algunas excepciones (maledicencia e ignorar). Las víctimas describen que los autores son del mismo grupo de clase, y con la edad aumenta la importancia del aula como escenario. Además, la ayuda que reciben las víctimas es escasa, limitada a los amigos.

Hay muchas otras cuestiones sobre los jóvenes que también preocupan a la sociedad pero a las que no podemos dedicar espacio en este libro, por ejemplo, las bandas juveniles. Aunque por lo que respecta a los riesgos adolescentes, la atención se suele volcar en las drogas y la delincuencia, no olvidemos que los accidentes de tráfico son la primera causa de muerte entre los 18-24 años.

Uno de cada cuatro muertos tiene menos de 25 años, hay más chicos y el alcohol es un factor asociado. La prevención de las diversas formas de riesgo que asumen los adolescentes debería partir de una reflexión en diversas direcciones.

En primer lugar, determinar cuáles son las necesidades de los adolescentes y como se relacionan con las conductas de riesgo. Como ejemplo, Sánchez nos habla de que el éxito de la publicidad sobre alcohol y tabaco es que responde muy bien a estas necesidades: autonomía con respecto a los adultos, necesidad de exploración, tránsito hacia la vida adulta, y mejora de la autoestima y la aceptación social. Además, lo hace utilizando un conjunto de mitos falsos como la asociación entre bebida y amistad, diversión, éxito sexual, madurez.

En segundo lugar, se deben conocer los conceptos de salud y riesgo en esta población. Sabemos que estas nociones cambian con la edad y con el género.

En tercer lugar, nos debemos preocupar por los mensajes contradictorios de la sociedad adulta. En este sentido, ¿cuáles son los mensajes que llegan a los adolescentes a través de su familia, su escuela o los medios de comunicación? Sánchez afirma que las estrategias publicitarias de consumo de drogas legales tienen como prioridad la captación de jóvenes y mujeres.

Finalmente, volvemos a plantear la necesidad de la educación socioafectiva en el contexto de la familia y la escuela. Nuestros estudiantes deberían aprender a decir que no a aquellas conductas que van contra su salud, a expresar sus sentimientos positivos y negativos, a tomar decisiones reflexivas y a relacionarse adecuadamente con los otros.



Bibliografía

- **Bayard R. T. y Bayard, J.** (2004). *¡Socorro! Tengo un hijo adolescente. Guía de supervivencia para padres desesperados*. Madrid: Temas de Hoy.
- **Braconnier, A.** (2003). *Guía del adolescente*. Madrid: Síntesis
- **Coleman, J. C. y Hendry, L. B.** (2003): *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Morata.
- **Ferrándiz, F. y Haza, C.** (Eds). (2005). *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.
- **Informe Juventud en España 2004**. Madrid: Instituto de la Juventud.
- **Morandé, G.** (2000). *La edad más difícil. Qué sienten y cómo piensan las nuevas adolescentes*. Madrid: Temas de Hoy.
- **Moreno, A.; del Barrio, C.** (2000). *La experiencia adolescente*. Buenos Aires: Aique.
- **Perinat, A. (Ed)** (2003). *Los adolescentes en el siglo XXI. Un enfoque psicosocial*. Barcelona: Editorial UOC.